

César Rengifo

Oscéneba

Drama en tres actos y seis cuadros



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte



CÉSAR RENGIFO

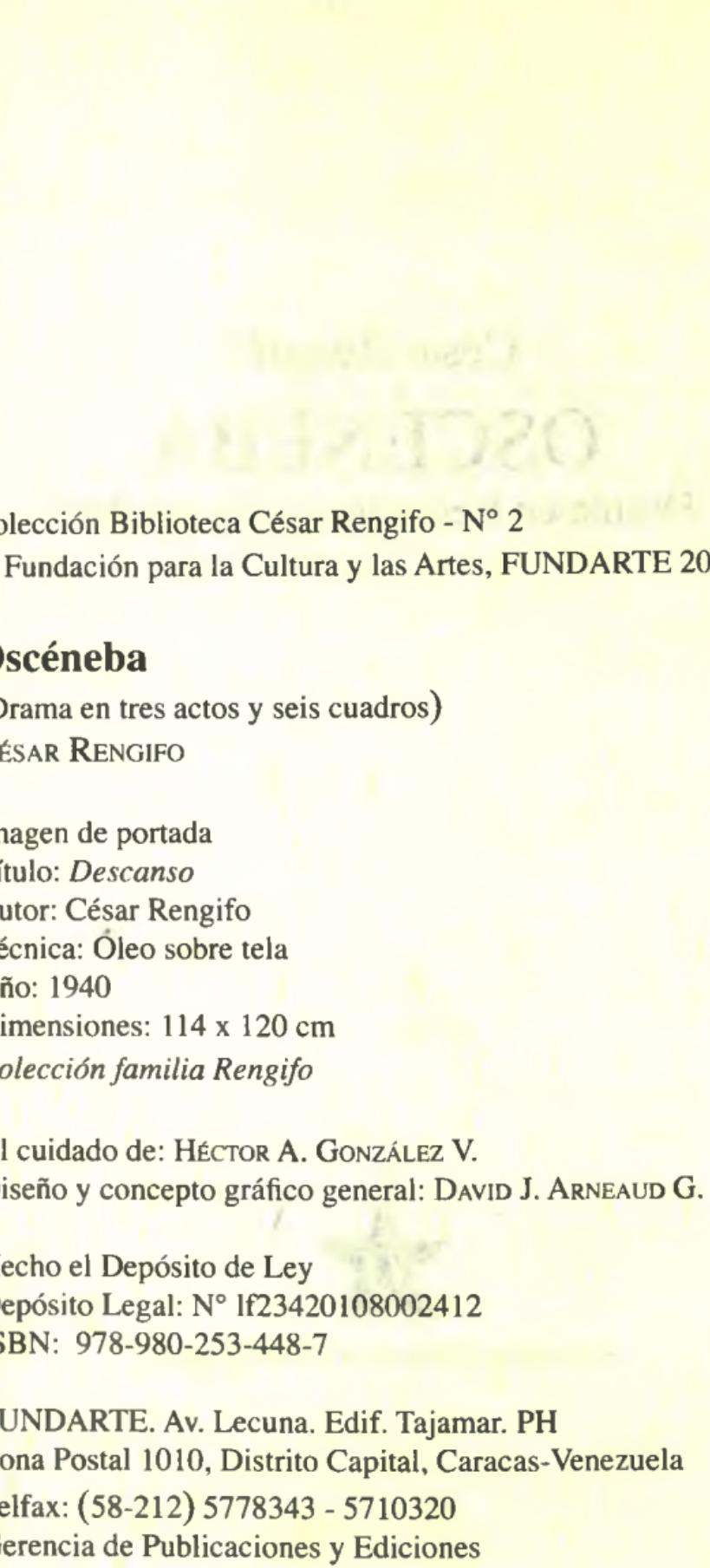
Nació en Caracas el 14 de mayo de 1915. Escritor, artista plástico, periodista. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Caracas entre 1930 y 1935. En 1937 vivió en México y tuvo contacto directo con el movimiento muralista mexicano. De regreso a Venezuela en 1938, se involucró en las luchas políticas, afiliado al Partido Comunista. Reportero, redactor y coordinador de páginas culturales, formó parte del equipo fundador del diario *Últimas Noticias* en 1941. En 1953 fue fundador del grupo teatral «Máscaras», dedicándose por entero a la dramaturgia y la puesta en escena. Paralelamente, su actividad pictórica le valió galardones en los salones de arte de la época, y el Premio Nacional de Pintura en 1954. Entre 1954 y 1955 ejecutó su famoso mural dedicado al héroe mítico caribe Amalivaca en el Centro Simón Bolívar. Fue Director de Extensión Cultural de la Universidad de Los Andes de Mérida entre 1958 y 1960. Desde 1959 concurrió con sus obras al Festival de Teatro Venezolano, obteniendo varios premios. En 1980 se le otorgó el Premio Nacional de Teatro, poco antes de fallecer, el 2 de noviembre, en Caracas.



César Rengifo
OSCÉNEBA
Drama en tres actos y seis cuadros



Colección Biblioteca César Rengifo



Oscéneba

Colección Biblioteca César Rengifo - N° 2

© Fundación para la Cultura y las Artes, FUNDARTE 2015

Oscéneba

(Drama en tres actos y seis cuadros)

CÉSAR RENGIFO

Imagen de portada

Título: *Descanso*

Autor: César Rengifo

Técnica: Óleo sobre tela

Año: 1940

Dimensiones: 114 x 120 cm

Colección familia Rengifo

Al cuidado de: HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.

Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: N° If23420108002412

ISBN: 978-980-253-448-7

FUNDARTE. Av. Lecuna. Edif. Tajamar. PH

Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Telfax: (58-212) 5778343 - 5710320

Gerencia de Publicaciones y Ediciones



Autorretrato. El sol rojo, 1979

COLECCIÓN BIBLIOTECA CÉSAR RENGIRO

La permanente obsesión artística de César Rengifo (1915-1980) fue la de captar, representar o expresar lo que él concebía como la esencia de la venezolanidad. Integrante de una generación que cobró conciencia en medio de las luchas contra el gomecismo, Rengifo hizo suya la misión de resaltar o, en su defecto, encarnar, la manifestación de un espíritu nacional.

Esa esencia o espíritu propiamente venezolano aparecía a sus ojos impregnado del sufrimiento humano y de la injusticia social que caracterizaron la Venezuela del siglo xx que le tocó presenciar, y de los cuales quiso asumir una incansable denuncia con los medios expresivos que le parecieron, en su momento y en sus circunstancias, los más genuinos y auténticos.

Fue quizás el primero en plantearse con total firmeza la noción del arte como compromiso social, tal como entró en vigencia en las discusiones de los movimientos revolucionarios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a la vez que se insertaba en la tradición del nacionalismo histórico representado, entre otros, por Mario Briceño Iragorry, a quien Rengifo admiró, ahora replanteado desde el materialismo histórico como postura anticapitalista y antiimperialista.

Creador polifacético, formado durante años en la Academia de Bellas Artes de Venezuela y en contacto con el movimiento muralista mexicano, su legado más prolífico y consistente se halla en su obra teatral, por la que ha sido considerado como el iniciador de la dramaturgia contemporánea venezolana.

El teatro de César Rengifo, que comprende cerca de cincuenta piezas, ha sido clasificado como abarcando cuatro grandes ámbitos: el histórico (con obras como *Lo que dejó la tempestad* y *Oscéneba*); el político (con *¿Por qué canta el pueblo?* o *Muros en la madrugada*); el social (con *La fiesta de los moribundos*, *La esquina del miedo* o *La sonata del alba*) y el psicológico (con *Yuma o cuando la tierra esté verde* o *En mayo florecen los apamates*).

*Ignoraban que lo bello del hombre
es más grande que el hombre*

P. ELUARD

El pueblo caribe ha sido enjuiciado principalmente por quienes en acción conquistadora lo combatieron implacablemente para despojarlos de sus tierras y de su libertad. La actitud gallarda que asumió en la lucha le costó su casi total exterminio bajo las armas invasoras; y también que sobre su memoria se alzara el anatema y la leyenda vilipendiosa de adelantados, clérigos y encomendaderos para mostrarlo por doquier, en tiempo y espacio, como pueblo arquetipo de barbarie y ferocidad. De esos anatemas y leyendas sombrías se ha hecho eco la casi totalidad de los historiadores de las cosas de nuestra América, ocultando tras calificativos deformadores la humildad de los caribes, sus virtudes, aun aquella probada mil veces de amar fervorosamente la tierra donde habían nacido. Amor de íntegra fidelidad y por el cual no vacilaron en soportar múltiples padecimientos y morir —cuando esa lucha se transformaba en muerte— con altiva dignidad.

Un impulso de emotiva solidaridad hacia ellos y esa virtud que tan insobornablemente sustentaron, ha movido el deseo y la realidad de estas páginas.

Acción:

En Nueva Cádiz y en sus extramuros, en la isla de Cubagua, una noche del año 1543.

Personajes:

Lorenzo de Salduendo: *Maese de Campo*. 50 años

Pedro de Limpias: *Capitán de Municiones*. 45 años

Fray Olegario de Ávila: *Cura de Nueva Cádiz*. 50 años

Cuciu: *Una joven caribe*. 20 años

Alonzo niño: *Oidor real*. 50 años

Francisco de Castellanos: *Gobernador de Nueva Cádiz*.

Quenepa: *Una anciana caribe*.

Piesco: *Piache caribe, anciano*.

Yorosco: *Joven caribe*.

Tigüire: *Caribe, mudo. Edad indefinida*

ACTO PRIMERO

CUADRO UNO

ESCENARIO:

Un mesón tras los muros de piedra y cal de Nueva Cádiz, en la Isla de Cubagua. Estancia amplia, piso de ladrillo, gruesas vigas sostienen el techo. Hay al fondo una puerta grande y fuerte que da salida al exterior, cerca de ella una ventana con una sola hoja también maciza, fuerte. En el lateral izquierdo un pasadizo con escalones comunica con otra dependencia del mesón. Hay barriles, botijuelas, botas de vino, grandes rollos de cordeles, remos, un viejo timón, varios bancos y una mesa larga y sólida, sobre ella algunos vasos de estaño y un candelabro con una vela de sebo encendida. Desde lo alto otro candil colgante contribuyente a iluminar la escena.

(Al correrse el telón, sentado junto a la mesa está el Maese de Campo Lorenzo de Salduendo. Bebe vino en un tarro de estaño mientras aguarda. Entra el Capitán de Municiones Pedro de Limpias. Ambos visten al uso de los conquistadores españoles de la época)

SALDUENDO: Bien que sois cumplido señor Capitán. Creí que mi espera sería larga y decidí acompañarme bien.

(Le muestra el tarro de vino)

LIMPIAS: (*Mientras deja su capa y su sombrero en uno de los bancos y toma asiento cerca de la mesa*)

No soy de esos que se retardan cuando le hacen una invitación importante. Y mire que la suya lo es, Maese.

SALDUENDO: Ya lo sabía. Bastante he oído decir que los dados os atraen tanto como las damas hermosas y el guerrear contra turcos, indios y moros...

LIMPIAS: ¿Qué más para un Capitan de Castilla? Juguarse la bolsa es un tanto como jugarse la vida o el corazón. ¡Vaya! ¡Pero también traigo mi garganta seca! Aun cuando hay mucho viento, la noche es sofocante.

(*Da unas palmadas fuertes a tiempo que grita*)
¡Vamos! ¡¡¿Quién atiende aquí?!!

SALDUENDO: ¡Ah! Me dispensará usted, cuando lo invité a venir aquí olvidé informarle que el mesón está solo...

LIMPIAS: ¿Solo? ¡Por Belcebú! ¿Y el viejo posadero Francisco? ¿qué se hizo con sus grandes mostachos y sus calzones de estameña?

SALDUENDO: Enfermo de fiebres malignas, pero con la bolsa bien llena de relucientes perlas, abandonó a Cubagua. Hacia La Española embarcó hace días en una chalupa... Desesperaba por irse.

LIMPIAS: Si lleva en el cuerpo esas fiebres pútridas de nada le valdrán las perlas, como no sean para pagar las misas y rogativas por el descanso de su alma pecadora... Y vaya que cargó pecados encima el tal Francisco...

SALDUENDO: Pecados muy negros, señor Capitán, así es... Como su último huésped ahora únicamente yo habito este mesón, el cual ya apesta de sucio...

LIMPIAS: Tenéis valor de habitar en él... ¿Y quién os sirve?

SALDUENDO: Ya lo vais a ver...

(Golpea fuerte la mesa con un cántaro; segundos después entra Tigüire por el pasadizo. Camina semiencorvado, su pelo está cortado a la manera india. En la frente lleva una cicatriz en forma de C. Viste pantalón raído a media pierna, su torso está desnudo y sus pies descalzos)

LIMPIAS: ¡Ah, es Tigüire, el caribe mudo! ¡Qué horrible facha tiene ahora!

SALDUENDO: *(A Tigüire con voz alta)*
¡Bebida! ¡El caballero quiere beber...!

(Tigüire hace un gesto con la cabeza indicando que ha comprendido y regresa adentro)

LIMPIAS: No me gusta tenerlo a mi lado y menos de noche...

SALDUENDO: Es un animal horrible. Parece un fantasma de barco... Pero me sirve. Así como está ningún otro trabajo podría hacer...

LIMPIAS: Como buzo de cabeza no hubo otro. Lo conocí cuando se descubrió aquel placer de perlas en la punta roja... Fue de los primeros caribes esclavos que trajimos...

SALDUENDO: Eso me han dicho...

LIMPIAS: Llegaba a una profundidad de cinco brazas, y hasta cincuenta zambullidas resistía.

(Entra Tigüire con una garrafa de vino y llena el jarro de Limpias)

SALDUENDO: Dejó buenos doblones a sus otros dueños.

LIMPIAS: Hartos produjo, hasta el día que se malogró. Muchas cosas se le reventaron por dentro.

(Tigüire acerca el vaso de Salduendo, éste lo llena)

Oídos, garganta... Qué sé yo... No pronunció de nuevo ni una palabra, sólo chillidos... Nadie quería comprarlo... Ahora parece que se está secando...

SALDUENDO: Eso pienso a veces...

LIMPIAS: He visto a muchos de estos salvajes ponerse así como arenques, debe ser la sal de las profundidades... O las tripas de ostras que comen...

SALDUENDO: No duran mucho.

(Tigüire sale, a lo lejos comienzan a aullar y ladrar unos perros)

De todos modos, lo compré barato.

LIMPIAS: Cómo aúllan los perros del fuerte, diríase que están viendo demonios.

SALDUENDO: Y vaya si los verán. Cubagua está llena de fantasmas y demonios. Crea vuesa merced que en una noche como esta no sería raro que anden sueltos por todas las callejas de esta Nueva Cádiz.

(Los perros aúllan y ladran con más fuerza)

LIMPIAS: Nunca han alborotado tanto. Con permiso de vuesa merced, señor Maese de Campo, trataré de ver qué novedad ocurre.

(Se pone de pie, va a la ventana, la abre y mira curioso hacia afuera)

A lo lejos, hacia la muralla y el mar han encendido fogatas. Ya sé lo que es, pues veo brillar armas y pasar recuas de indios atados por los cuellos... ¡Caribes!

SALDUENDO: ¿De los traídos en las últimas naves?

LIMPIAS: Sí. Los van a herrar...

SALDUENDO: La marca con fuego de la C en la frente parece que los domina un poco, les quita la ferocidad...

LIMPIAS: A fe de que me llamo el Capitán Pedro de Limpias y más de veinte años llevo guerreando por estas tierras de indias, juro a vuesa merced que no los hay más crueles y dañinos. Engullen carne de cristianos como el más apetitoso capón.

SALDUENDO: ¡Demonios!

(Entra de nuevo Tigüire con la garrafa y echa vino en los jarros de Salduendo y Limpias, luego va adentro)

LIMPIAS: Cuando miro a ese garabato pienso: cuántos como él no habrá comido...

SALDUENDO: ¡Puah! Pero, ¿sabe el señor Capitán lo dicho por el Santo Padre de Roma?

(Nuevamente aúllan y ladran los perros y se oyen gritos)

LIMPIAS: ¿Eso de que los caribes tienen alma?

(Salduendo asienta con la cabeza)

Es voz que corre por todas las Indias... Y ya hay hasta quienes dicen que son gente. Pero, oiga usted cómo los codician los perros... Bestias para bestias...

SALDUENDO: Bestias son, aun cuando anden a pie...

LIMPIAS: Si el Santo Padre supiera cuánto hacen y cómo son dos salvajes, diría otra cosa. Y esto lo afirmo guardando todo el respeto que merece su gloriosa Santidad.

SALDUENDO: Vuesa Merced puede hablar con propiedad. ¿Quién otro los ha guerreado tanto como vos? ¿Quién puede vanagloriarse de haber capturado más para el cristianamiento y este negocio de perlas?

LIMPIAS: Así es Maese. Pero también cargo con malas calumnias. Se me acusa de crueldad con los indios mansos. Pero vos sois testigo. Sólo traigo a Nueva Cádiz caribes de los más levantiscos y feroces...

SALDUENDO: Voto a tal que soy testigo de eso. Además, ¿Dónde estarían las perlas de Cubagua si vos y tantos como vos caballero no capturaran salvajes capaces de bucearlas? A más que el someter infieles es de beneficio para nuestra santa religión...

LIMPIAS: Eso digo siempre, pero vayan disgustos y malos ratos que engendra para los Capitanes este negocio de las Indias y Eldorado... Vaya por Dios, pese a mí.

(Bebe con avidez)

SALDUENDO: Olvide el señor Capitán a las lenguas difamadoras que por doquiera las hay...

LIMPIAS: Eso hago cuando escancio algún vinillo...

SALDUENDO: Y no lleve cuentas de salvajes y caníbales, que todo es para el engrandecimiento de estas indias y de los caudales del Emperador que Dios guarde...

LIMPIAS: Y vaya que van tesoros a ellos de estos mares de Cubagua.

SALDUENDO: Enhorabuena, caballero, dejemos eso y vayamos a lo nuestro.

LIMPIAS: Con gusto Maese.

(Saca unos dados y los tira sobre la mesa)

En eso de jugar a los dados nadie me reta dos veces. Ahí están cuadrados y brillantes, hechos con el mejor marfil africano. Puede usted revisarlos.

SALDUENDO: ¡Voto a bríos! ¿Para qué revisiones? No hay tal entre caballeros.

(Saca una pequeña bolsa)

Le advierto a vuesa merced que en mi bolsa no hay mostacillas ni barroques, ni piezas mal formadas o de opaco color, sino las más bellas perlas que se han extraído de este mar de Cubagua.

LIMPIAS: ¡Voto a tal caballero!

(Extrae igualmente una bolsa)

Las que lleva encima Don Pedro de Limpias no gozan de menor fama, dos hay aquí, de tan limpio oriente, que bien estarían en la corona de una emperatriz...

(Extrae de la bolsa una perla y la muestra a Salduendo)

SALDUENDO: (*Mira la perla y se asombra*)

¡Vaya! ¡Vaya! Por vida mía caballero que es de las más grandes y azules que han visto mis ojos. Y sepa que ellos no se maravillan fácilmente de mirar perlas.

LIMPIAS: Sus cien doblones vale, a más de que perdí en su pesca a tres buenos buceadores...

SALDUENDO: ¿Ahogados?

LIMPIAS: ¡Qué sé yo! Quizás sirvieron para engordar tiburones o fueron apresados por esas mantas feroces que tanto abundan en estos misteriosos mares. Pero no haga sentimientos su merced, eran Caribes. ¿Jugamos?

SALDUENDO: Bien sabéis que ahora ni el mismo Lucifer me detiene. ¡Voto a bríos! El oriente de esa perla me ha cautivado...

LIMPIAS: Ya lo suponía.

SALDUENDO: Sólo ambiciono tenerla en mi bolsa.

LIMPIAS: Y la tendréis si la suerte os acompaña. Aunque os anuncio que en los dados siempre se me entrega como fácil cortesana.

SALDUENDO: ¡Vaya! ¡Vaya! Conmigo tampoco es casquivana... ¡Vamos, jugaremos a partidas de Ases...!

LIMPIAS: A ellos me acojo. ¡Ni un maravedí he perdido a los Ases!

SALDUENDO: (*Recoge los dados y comienza a agitarlos*)

¡Vamos al paro entonces, caballero...!

LIMPIAS: Antes una proposición, Maese...

SALDUENDO: Veamos, cuál, señor Capitán.

LIMPIAS: Poseéis una buena cuadrilla de esclavos caribes...

SALDUENDO: Así es, caballero.

LIMPIAS: He descubierto un placer de ostiales que vale más que Eldorado... Y... necesito más buceadores...

SALDUENDO: Me asombráis, es fama que nadie en Cubagua tiene tanto como vos...

LIMPIAS: Habladurías, últimamente se han huído algunos y los otros mueren como moscas. El agua y la sal los debilita. Pocos pueden estar más de doce horas en el agua...

SALDUENDO: Así es...

LIMPIAS: Y cada día se hace más difícil cazarlos como liebres en el continente...

SALDUENDO: Hanme dicho que desiertas de indios están Paria y Araya y toda la tierra de Maracaibo.

LIMPIAS: Por eso le juego mi perla azul, esa que os ha asombrado, contra varios de los caribes que poseéis...

SALDUENDO: Es de mucho riesgo la proposición... Pero, ¡vaya que el oriente de esa perla me ha turbado...!

LIMPIAS: ¿Diez indios contra ella?

SALDUENDO: Pese a mí, caballero, es alta la tasa, pero acepto. Tengo ofrecida una perla como esa a la Virgen de la Soledad, allá en Sevilla...

(Tocan fuerte al portón)

LIMPIAS: *(Mostrándole la bolsa)*

Y sepa, Maese, que tiene gemelas...

(Vuelven a tocar y una voz grita desde afuera)

Voz: *(Mientras golpean la puerta):*

¡Abrid a Fray Olegario de Ávila!

SALDUENDO: Fray Olegario a estas horas y tocando a esta puerta. ¡Novedades debe traer!

(Se incorpora y abre, entra Fray Olegario, trae un farol y un pliego de papel)

Pase el Santo Padre...

LIMPIAS: ¿Qué lo ha movido, reverendo, para andar a estas horas por las peligrosas calles de Nueva Cádiz?

FRAILE: ¡Novedades hay, señores, y creo que muy malas para esta isla y sus habitantes...!

SALDUENDO: ¡Vaya que me alarma usted, padre!

FRAILE: Busco de urgencia al señor Oidor para que me conduzca a la presencia de su señoría el Gobernador...

LIMPIAS: ¿No estaba en el fuerte?

FRAILE: No. Y noticias me han llegado en horas recientes que le traerán desvelos.

LIMPIAS: ¿Puede su merced adelantarnos algunas?

FRAILE: Antes quisiera la presencia del señor Oidor...

SALDUENDO: Parece que no ha puesto los pies para acá esta noche.

FRAILE: Miren los caballeros que he recorrido buena parte de la Nueva Cádiz en su busca. Aquí en este pliego vienen escritas cosas terribles que es necesario las conozca pronto el señor Gobernador.

LIMPIAS: Háblenos usted y lo acompañaremos en solicitarlo. Son pasadas las nueve, pero si es tan grave lo que el reverendo dice valdrá la pena molestar el reposo de su señoría.

FRAILE: ¡Por Dios y la Santa Madre Iglesia que es grave! Trájome la noticia un lego del convento de Nueva Toledo, allá en tierra cumanagota. Remó todo el día y lo que va de noche para abordar esta isla...

SALDUENDO: ¡Voto a bríos, Padre! Y perdone su reverencia que jure, pero ya estoy inquieto por conocer todo el ovillo.

LIMPIAS: Yo diré lo mismo al reverendo. Ansioso estoy por conocer sus malas nuevas.

FRAILE: Escríbeme el Prior que toda la indiada de tierra firme se ha alzado en armas. Las misiones han sido destruidas, los frailes muertos. Nueva Toledo, en estos momentos arde por sus cuatro costados, cadáveres de españoles sacrificados flotan por su río... el mismo Prior...

(Se santigua)

SALDUENDO: ¡Válgame Dios que tiene razón el reverendo! ¡E hizo bien con echarse a la calle a estas horas, noticias como esas conmoverán a todas las Indias y a la misma España!

LIMPIAS: ¿La cercana costa de tierra firme está entonces en poder de los indios? Paso a no creerlo.

FRAILE: Pero así es señor Capitán, y los dirigen los caribes.

SALDUENDO: ¡Voto a bríos! Habrá que guerrearlos con cañones y perros para que cobren escarmiento...

FRAILE: Y mucho más habremos de rezar para que
Dios ofrezca descanso a esos mártires cristia-
nos.

SALDUENDO: Así ha de ser, reverendo.

FRAILE: (*Tomando de nuevo el farol*)

Es menester buscar con premura al señor Oidor,
pues también debo dar confesión a un viejo sol-
dado que muere de fiebres cerca de aquí...

LIMPIAS: Quizás venga el Oidor. Aguarde el señor
fraile un poco más y tome aun cuando sea dos
dedos de este vinillo para reponer sus fuerzas.

FRAILE: (*Diciendo que no con la cabeza*)

Guardo ayunos. Además, temo que las piraguas
cargadas de salvajes puedan navegar ya de tierra
firme hacia acá...

SALDUENDO: ¡Vaya que el ayuno acrecienta los te-
mores! Y esto lo digo con sanas intenciones.
¡Cálmese su reverencia, que son fuertes los mu-
ros de esta joven ciudad!

LIMPIAS: Y bien dispuestos con cañones y bombar-
das. Además, soldados y capitanes no faltan. Y
válgame mi madre que saben manejar con bríos
arcabuces y mosquetes. De pólvora y municio-
nes le diré que hay en demasía. ¡Créalo así su
merced, señor fraile, como que cumplo el cargo
de Capitán de armamentos!

SALDUENDO: Si ya Nueva Cádiz rechazó a los piratas y filibusteros que osaron atacarla, ¿qué no hará con un puñado de salvajes navegantes de frágiles naos?

FRAILE: Temo que la disipación en que frecuentemente vive haya debilitado los ánimos de la gente de Nueva Cádiz.

SALDUENDO: Con perdón del reverendo, no es está una Sodoma...

FRAILE: Cerca está de serlo; por doquier se quebranta la honestidad y se encienden escándalos...

LIMPIAS: ¡Vaya! ¡Vaya! No pierde ocasión el señor fraile para sermonear contra las diversiones que se hacen. Pero, después de trabajar no es pecado el holgar...

SALDUENDO: No todo puede ser faenas y desvelos entre guerras, ostras o indios. Además las fiestas y justas que se han efectuado tienen sus motivos.

LIMPIAS: Bien valía hacerlos por los veinte años de la ciudad...

FRAILE: Hanme dicho que ya no hay vino en las bodegas; y vaya que trajo tantísimas pipas el galeón que arribó en marzo... También es fama que están abundando las mujeres públicas y los gritos... Ahora mismo veo dados sobre la mesa...

SALDUENDO: (*Recogiendo los dados*)

Jugábamos honestamente. Séalo así el reverendo. También rezamos y confesamos cuando la Santa Iglesia manda.

(Afuera se oye a alguien que corre, una voz de hombre grita. De pronto la puerta del fondo se abre y penetra en la estancia Cuciú. Viste larga túnica de paño burdo, sus cabellos están sueltos, lleva los pies desnudos. Carga una pequeña cesta a manera de macuto o marusa. Cuciú se oculta tras el fraile como buscando amparo. Persiguiéndola entra el Oidor real Alonzo Niño, éste al ver al fraile se turba y se detiene)

FRAILE: ¡Tate, tate!, que es el señor Oidor Real don Alonzo Niño en cuya busca estoy, y miren sus mercedes en lo que anda...

ALONZO: ¡Fray Olegario!

FRAILE: Persiguiendo mujerzuelas indias en busca del pecado...

ALONZO: *(Está algo bebido y trata de disimularlo)*

No piense mal el reverendo. La encontré pegada a la puerta de este mesón. Vea que sólo la perseguí por curiosidad...

FRAILE: De curiosos así está lleno el infierno.

ALONZO: ¡Sálveme mi ángel guardián de ir a él, señor fraile. Apenas quería saber lo que buscaba la india rondando por las callejas a estas horas!

CUCIÚ: Pretendió asir mi cuerpo y manosearlo.

ALONZO: India caníbal de lengua mentirosa. ¡Válgame Dios! ¡Cómo difama la hereje!

LIMPIAS: Es Cuciú, la conozco.

(Dice algo calladamente al oído de Salduendo)

SALDUENDO: ¡Ah! *(Retrocede unos pasos)*

¡Es para temerla!

(Va y murmura a su vez en el oído de Alonzo. Éste se santigua y también retrocede de asombro y miedo)

ALONZO: ¡Gran temeridad la mía! ¡Válgame Dios ahora y siempre!

FRAILE: *(Curioso)*

¿Quién es ella? Antes no la había visto...

LIMPIAS: La llaman Cuciú, que quiere decir luciérnaga. Es una caribe de las que fullaban ostras. Cuida de una vieja leprosa, caribe también, que yace en un rancho de los extramuros...

CUCIÚ: Salgo sólo de noche...

LIMPIAS: ¡Como ave de mal agüero! A estas horas suele solicitar alimentos para la enferma...

FRAILE: Debe estar contagiada...

ALONZO: ¡Mi patrona Santa Ana me asista!

FRAILE: (A Cuciú)

¡Sal de aquí con tu carne y tu ropa inficionada!

(Cuciú sale)

LIMPIAS: Ya ni el dueño que la compró la usa para trabajar. Dicen que lazarina debe estar la caribe...

FRAILE: (Airado a Alonzo)

¡Por buscar el pecado se te corromperá la carne!

ALONZO: ¡Juro a su merced, señor fraile, que apenas la toqué!

(Se limpia la boca y el bigote con el borde de la manga)

FRAILE: ¡Castíguete tu pecado!

ALONZO: ¡Ignoraba su mal!

FRAILE: ¡Habrás de saber que ese terrible mal ataca principalmente a los malditos de Dios!

ALONZO: (Cayendo de rodillas frente al fraile)

¡Ave María Purísima! ¡Pido a su reverencia la bendición! ¡Me lavaré con agua bendita! ¡Rezaré preces y penaré entre los flagelantes!

FRAILE: (*Terrible*)

¡En esta hora muchas vidas peligran, y mientras vos señor Oidor andáis tras el demonio de la lujuria!

ALONZO: ¡Válgame la virgen, no os entiendo!

FRAILE: ¡Piraguas veloces con caribes armados pueden caer pronto sobre Nueva Cádiz...!

ALONZO: (*Incorporándose*)

¡¿Qué decís?!

FRAILE: ¿No habeís entendido?

(*Muestra el peligro*)

¡¡Todos los salvajes de tierra firme se han alzado en armas. De Nueva Toledo no quedan más cadáveres y tizones!!

ALONZO: (*Santiguándose*)

¡Por los propios infiernos!

FRAILE: Allí iréis vos de no tomarse prontas providencias.

ALONZO: No turbe más mi ánimo su reverencia que ya lo está en demasía con el aliento de esa leprosa y la noticia que me dais.

FRAILE: Al no encontrar al señor Gobernador a quien debo enterar de la nueva, os busqué a vos. Ambos lo solicitaremos.

SALDUENDO: (*Al Oidor*)

¿Dónde pernocta su señoría el Gobernador?

ALONZO: (*Turbado*)

Pues... sabréis...

FRAILE: Hay rumores de que suele sentar noche
donde una barragana que su señoría tiene apo-
sentada en sitio apartado...

ALONZO: Sólo visita a una moza.

FRAILE: Has de llevarme allá.

ALONZO: ¡Guárdeme bien de hacerlo!

FRAILE: ¡Señor Oidor! ¿Os negáis?

LIMPIAS: ¡Vaya que es extraña esa actitud, caballero!

ALONZO: ¡También hay secretos de amor, Maese, que
como los de Estado deben guardarse. Tengo com-
prometida mi palabra de no decir dónde pernocta
el señor Gobernador y no será ese pliego el que
me lleve a violarla.

FRAILE: Tras este pliego hay cosas terribles que
anuncian hartos riesgos para nuestras vidas...

SALDUENDO: Comprendo los escrúpulos del señor
Oidor pero considerando lo grave del asunto
que trae el reverendo...

ALONZO: Podría ir solo a informar a su señoría.

(Al Fraile)

CUADRO DOS

Entrégueme su reverencia el pliego.

FRAILE: No haré tal, señor Oidor, pues recibí órdenes del Prior que lo escribió, (superior a mí en jerarquía eclesiástica), de entregarlo en las propias manos de su señoría. Y como en el caso de vuestra merced, nada ni nadie me hará violar esa orden. A más que puede ser la orden de un difunto.

(Se santigua)

ALONZO: (Persignándose) ¡De un difunto!

FRAILE: ¡Sólo el lego que trajo este pliego logró huir de la destruída Nueva Toledo! ¡A Dios hago solemnes votos de que me relató cosas de temor y espanto!

ALONZO: (Humilde)

Perdone su reverencia. ¡Es terrible! Pero mi palabra de caballero está comprometida...

FRAILE: Señor Oidor, Nueva Cádiz, la isla rica, perla entre las perlas del emperador Carlos, peligra...

LIMPIAS: (Al Oidor)

¡Por Dios, caballero! ¡España y el Emperador os lo demandarán!

ALONZO: ¡Calmáos! ¡Calmáos! Buscaré a su señoría el Gobernador y lo traeré aquí, de esa manera el

reverendo podrá poner en sus propias manos el pliego.

FRAILE: Únicamente yo y el pliego deben informarle...

ALONZO: Pierda cuidado, diré a su señoría que un grave caso denunciado al señor Fraile reclama que le hable a estas horas...

FRAILE: Gracias, hijo...

ALONZO: El trecho por andar es largo, no se impaciente usted.

(Se tercia la capa)

SALDUENDO: *(Acompañándolo hasta la puerta):*

No descuide su merced la espada. A estas horas las callejuelas de Nueva Cádiz paren forajidos y puñaladas.

ALONZO: *(Tocándose una cicatriz del rostro)*

¡Pierda cuidado! Si lo sabré yo Maese...

FRAILE: Mientra usted vuelve aquí, señor Oidor, con su señoría, yo iré cerca de dar la confesión a un penitente que se halla en peligro de muerte...

(Toma el farol. Alonzo sale, el Fraile también lo hace con lentitud. La luz de la escena se va disolviendo hasta la obscuridad)

ACTO PRIMERO

CUADRO DOS

Segundos después se ilumina débilmente la escena mostrando el interior penumbroso de un pequeño rancho de bahareque y palma, el cual tiene más aspecto de cueva que de vivienda. Hay en un rincón algunas piedras ennegrecidas por el fuego y el humo. Una atarraya tendida sobre unos palos, una nasa y unos remos. En el piso a manera de lecho una estera de palma tejida. En el lateral izquierdo una pequeña puerta también confeccionada con palma tejida da salida al exterior. Un candil débil da una luz difusa. Sobre la estera yace Quene-pa. Viste túnica de lienzo, muy raída y sucia. Otro lienzo la cubre hasta medio cuerpo a manera de sábana. El rostro de Quenepa, surcado de arrugas, muestra una dureza fría, lejana. A lo lejos aúllan y ladran perros.

QUENEPA: (*Semi incorporándose sobre la estera donde yace*)

No cesan de aullar. Quienes lo oigan deben sentir miedo. Esos perros están venteando la muerte.

(*La puerta se abre y entra Piescó*)

PIESCÓ: (*Muy anciano y encorvado. Viste la misma indumentaria que Tigüire. Trae terciada una pequeña cesta. Se apoya en un bastón*)

Oigo que aún hay vida en esta cueva.

QUENEPA: ¿Eres tú, Piescó? Viejo piache, ¡Cuánto has tardado!

PIESCÓ: (Mirando a su alrededor)

¿Hablabas sola la abuela Quenepa?

QUENEPA: Murmuraba de esos perros. Varias noches llevan aullando a esta misma hora, pero lo hacen como si vieran al mismo miedo. ¿La noche es turbia afuera?

PIESCÓ: Ni los ojos del jaguar podrían penetrarla. Pocas he mirado así en esta isla de pedregales y cardones.

QUENEPA: Y de sufrimientos para los caribes...

PIESCÓ: ¡Así es!

QUENEPA: ¿Tuviste trabajos en venir?

PIESCÓ: Poco. La edad me hace caminar como las arañas y vine por las arenas de la playa, el mar ruge con una inquietud extraña. Quenepa, hay signos temibles en las cosas.

QUENEPA: ¿Qué han visto tus ojos, acostumbrados a interpretar misterios?

PIESCÓ: Cuando el sol caía vi a los tigüitigües en vuelo raudo al sur como si huyeran de todo esto; y desde un yaque espinoso chilló gimiendo un guanaguanare; hallé también peces muertos en la arena, peces que nunca he visto.

QUENEPA: Por eso creo que algo miran los perros.

Yo sentí hace un rato, cuando caían las sombras, algo, no sé...

PIESCÓ: Diga la abuela para ver si es lo mismo que advertí al andar sobre los peñascales...

QUENEPA: Pon cuidado... cuando la luz se iba oí bajo la estera un ruido extraño. Como si Bramara el fondo de la tierra... Mi corazón latió temeroso.

PIESCÓ: Quenepa, creéme, también yo percibí ese extraño bramido, y estaba lejos de aquí. No sé si tuve miedo o que los años me doblegan, pero las rocas o mis pies se estremecieron.

QUENEPA: Y ahora esos animales aullando. Si pudieramos mirar lo que ellos miran...

PIESCÓ: (Grave) Nadie puede hacerlo...

QUENEPA: ¿Viste algo más?

PIESCÓ: Sí, y se entristeció otra vez mi corazón. En las empalizadas, junto al fuerte hay fogatas y perros que aúllan... y muchos hermanos caribes amarrados con dogales por los cuellos...

QUENEPA: ¡Ah, otra vez se divierten con sus hierros candentes los extranjeros invasores...!

PIESCÓ: Sí sobre la frente de muchos hermanos nuestros, el hierro enrojecido está marcando el estigma que nos confunde con sus bestias y ganados...

(Se toca su frente marcada)

QUENEPA: *(Como un eco, lejana, turbia, mientras se toca también la marca de su frente).*

La C de fuego, la C sangrienta, la C que arde más en el espíritu del pueblo caribe que en su carne, ¡Para los hombres blancos significa caribe, caníbal, esclavo!

PIESCÓ: ¡Y para nosotros padecimientos, lágrimas de rabia, infamia, muerte más que muerte!

QUENEPA: Es cierto, Piescó. Más que muerte, ¿quién así marcado osa alzar su frente? ¿Acaso no es ya peor que una bestia?

PIESCÓ: Así es Quenepa, yo he visto con cuánto amor cuidan nuestros enemigos a sus caballos y perros de presa. ¡En cambio a los caribes!

QUENEPA: Ya ni siquiera sufro pensando en eso. Desde hace tiempo no quiero tener imágenes ni recuerdos.

PIESCÓ: Hemos agotado el sufrimiento.

QUENEPA: Por eso estaba impaciente porque vinieras. ¿Pudiste conseguir mi encargo?

PIESCÓ: Aquí lo traigo.

(Saca de la pequeña cesta una olla de tierra cocida diminuta)

Viene de muy lejos, del Orinoco, mucho costó que llegara hasta acá. Es rojo y violento...

(Da a Quenepa la ollita)

QUENEPA: Me agrada que tu rostro esté sereno al ofrecérmelo.

PIESCÓ: También yo haré uso de él.

QUENEPA: ¿Están advertidos todos?

(Esconde bajo la cama la ollita)

PIESCÓ: Sí. Desde aquella ocasión cuando la luna alzábase roja, hacia el norte y acompañado por el anciano Arecú y la más anciana todavía Aicuma, nos reunimos contigo en este lugar y acordamos lo que se debía hacer, la voz ha ido veloz entre los muertos.

QUENEPA: ¿Habrá penetrado a todos los sitios?

PIESCÓ: A todos. A las naves donde los caribes, con cadenas a los cuellos son lanzados a las obscuras profundidades a bucear las ostras; a los depósitos donde yacen los ciegos, heridos y llagados; a las cuevas y calabozos en las cuales se mata con cepos y tortoles a los que han intentado rebelarse; a las caballerizas, a los almacenes, a los cerros de ostras que se forman día a día en la playa y junto a los cuales nuestras mujeres amarradas y desnudas como animales, rompen las conchas y sacan las perlas tan cruelmente apetecidas por nuestros cautivadores. Esas perlas que para nosotros sólo eran redondas florecillas del mar...

QUENEPA: Para mí que ahora son lágrimas de él.

PIESCÓ: Rodando en esas lágrimas todos los nuestros han escuchado el tremendo mandato. Ni un solo caribe de los que padecen aquí lo ignora. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos han sabido que viene de nuestros antepasados.

QUENEPA: ¿Y conocen cómo enviaron el mandato?

PIESCÓ: Sí, por todas partes se supo la muerte del viejo cacique Chatayma, el que allá en Araya, antes de ser cautivado vivía feliz y era bueno y alegre como un pájaro.

QUENEPA: Y amaba tanto el mar Chatayma, que devolvía a él las conchas que sus hijos sacaban.

PIESCÓ: Recuerdo muy bien eso... Y también que solía cantar a la luna con su flauta de carrizo; y en el mes de las siembras animaba el baile de las mozas.

QUENEPA: Lo ví cautivo bajo cadenas y látigos...

PIESCÓ: Nunca habló para quejarse...

QUENEPA: Con la frente sangrante y una cadena al cuello, era obligado por nuestros enemigos a zambullirse en ese mar que tanto había querido. A zambullirse una y otra vez bajo el palo y las lanzas, y arrancar conchas y conchas y conchas... Se pudrieron sus ojos y su carne...

PIESCÓ: Por eso, todos saben ahora, Quenepa, que desde su débil lengua moribunda hablaron los

espíritus de nuestros antepasados para mandar que todo caribe, en esta isla cautivo, debe extinguirse por la muerte...

QUENEPA: ¡Así ha de ser, Piescó!

PIESCÓ: Y que ningún caribe varón busque a la hembra ni ésta a él para que el amor no dé frutos y no vengan más niños a ser también esclavos de nuestros enemigos...

QUENEPA: ¡Así ha de ser, Piescó!

PIESCÓ: Eso dijo Chatayma cuando moría sobre la playa obscura, mientras lloraban detrás de los ojos purulentos sus hermanos cautivos. Eso dijo y eso se ha grabado en el pensamiento de los caribes que llevamos este signo terrible sobre las frentes...

QUENEPA: Y gracias a ti lo han sabido quienes allí no estaban.

PIESCÓ: Y gracias también a que nuestros cautivadores desprecian mi vejez y mi cuerpo encorvado, y puedo vagar como una carroña entre pedregales y cardones. Nadie imagina que sobre mi cuerpo encorvado viaja, colérica, la voz de Chatayma, que es la voz de los antepasados...

QUENEPA: (*Sonriendo vengativa*)

Razón tenías al decir que en tus viejos huesos se esconde la venganza...

PIESCÓ: ¡Así es Quenepa! ¡Y alegre estaría si al morir con ellos pudieran hacer nuestros jóvenes

guerreros puntas de flechas para herir alguna vez a nuestros enemigos...!

QUENEPA: También quisiera que hicieran eso con los míos. ¡Te aseguro Piescó que llevarían un veneno más violento que el curare, tal es la rabia que me consume!

PIESCÓ: ¡El mandato nos liberará! ¡Son sabios los dioses y los antepasados!

QUENEPA: Gozo al pensar que pasadas las mismas lunas que dedos tenemos en las manos, ningún caribe ha de quedar con aientos sobre esta isla maldita.

PIESCÓ: ¡Aviva tu júbilo, pues ha de ser así!

QUENEPA: Sin esclavos que arranquen las ostras de las rocas obscuras y profundas; sin brazos y lomos caribes que traigan el agua desde el continente. Sin manos esclavas para picar piedras y construir murallas. Sin indios a quienes tratar como animales y alimentarlos con cazabe y trispas de ostras, ¿qué podrán hacer los hombres extranjeros en esta desolada isla?

PIESCÓ: ¡Se irán de Cubagua! ¡Dejarán tranquilo el mar!

QUENEPA: Esta isla volverá a ser un terrón solitario en medio de las aguas; sin hombres blancos, sin látigos sin hombres feroces...

PIESCÓ: Y sin el sufrimiento de los caribes...

QUENEPA: En lo más profundo de nuestra vengativa muerte, Piescó, podremos volver a gritar: ¡¡Ana Karicñá Roté!!

PIESCÓ: Así ha de ser Quenepa, desde la región de los misterios volveremos a decir: ¡Nosotros los caribes solamente somos!

(Los perros aúllan con más fuerza, oyéndose gritos e imprecaciones confusas. Piescó va a la puerta y se asoma afuera)

QUENEPA: No verás nada, Piescó, la inquietud está en las sombras...

PIESCÓ: La gritería y los aullidos vienen del mar y todo hacia allá luce negro.

QUENEPA: Ojalá no tarde más la muchacha.

PIESCÓ: ¿Quién? ¿Cuciú?

QUENEPA: Sí, anda en Nueva Cádiz.

PIESCÓ: ¿No duerme en las barracas?

QUENEPA: No, al saber que me cuidaba le tomaron asco, creen que estoy leprosa y que Cuciú también puede estarlo. ¡Ni para fullar ostras la quieren!

PIESCÓ: ¿Y Yorosco?

QUENEPA: Logró fugarse y se esconde en un islote. Viene algunas noches a buscar comida. Cuciú trae para los tres...

PIESCÓ: ¿Siguen siendo el uno para el otro como lo eran cuando los unimos?

QUENEPA: Sí, pero he creído ver que les duele el mandato que prohíbe ayuntarse y procrear...

PIESCÓ: Es duro para ellos, pero deben cumplirlo.

QUENEPA: Ni vida ni amor. ¡Sólo muerte debemos sembrar!

(Los lejanos gritos crecen con más fuerza)

PIESCÓ: *(Asomándose de nuevo a la puerta)*

Algo ha ocurrido en el mar, oigo gritos de hermanos nuestros.

QUENEPA: ¿Más martirios?

PIESCÓ: Iré a indagar. *(Sale)*

QUENEPA: *(Gritándole)*

¡Di a todos Piescó que cumpliendo el mandato dejaremos de sufrir!

(Aúllan los perros lugubriamente)

¡Ah, ellos ven en el aire y las sombras y olfatean el olor de la muerte! ¡Yo la deseo, la deseo!

(Entra Cuciú)

QUENEPA: Tarde llegas y estaba inquieta.

CUCIÚ: Tomé el sendero de los cardones; por las peñas grandes olas rugen y ponen espanto.

QUENEPA: ¿Qué gritos son esos?

CUCIÚ: No sé, vienen del sur, hacia allá vi marchando la sombra del viejo Piescó.

QUENEPA: ¿Hay embarcaciones en el mar y caribes buscando?

CUCIÚ: ¡Es terrible!

QUENEPA: ¡Hay un mandato que cumplir!

CUCIÚ: Esta tarde cuando las sombras caían tres buceadores no subieron más a la superficie, entre ellos estaba Kurak el muchacho de los ojos dulces...

QUENEPA: ¡Valiente Kutak, ha obedecido!

(Ríe nerviosamente) ¡Ya está libre!

CUCIÚ: ¿Se alegra?

QUENEPA: Sí, dolíame saberlo convertido en un solo sufrimiento. Llagado, con los ojos purulentos, las carnes agrietadas. Había nacido para cazar por los bosques, para reir y dar goce al corazón de los viejos... ¡No temió quedarse en el fondo de las aguas!

CUCIÚ: ¡Morir! ¡Morir!

QUENEPA: ¿Temes a la muerte Cuciú?

CUCIÚ: No la temo, abuela, pero...

QUENEPA: ¿Qué?

CUCIÚ: No he vivido. ¡Kurak tampoco había vivido!

QUENEPA: Ningún esclavo puede decir que vive, Cuciú. Por eso es justo el mandato de extinguimos.

CUCIÚ: Abuela, debo decirle, muchos jóvenes caribes, aun los que mueren entre cepos y grillos con sus carnes raídas por la sal y las llagas, no piensan así...

QUENEPA: (Airada) ¿Qué dices? ¿Dudan acaso de los espíritus que yacen en las sombras?

CUCIÚ: No dudan, pero hablan de otra cosa...

QUENEPA: ¿De qué pueden hablar?

CUCIÚ: Dicen que debemos luchar.

QUENEPA: ¿Envilecidos y encadenados?

CUCIÚ: Aun así.

QUENEPA: ¿Y Yorosco y los otros fugitivos, qué dicen?

CUCIÚ: Lo mismo.

QUENEPA: ¡Ira de nuestros muertos! ¡Ya veo por qué hay signos extraños esta noche! ¿Has hablado con algunos?

CUCIÚ: Con Guayké y Katuro. Yorosco me dijo la otra noche cuando vino, que les hablaría. También espió y escuchó al enemigo, en sus casas, en su fuerte, en sus posadas...

QUENEPA: ¿Qué pretenden ustedes?

CUCIÚ: Yorosco lo sabrá.

QUENEPA: ¡Está perturbado!

CUCIÚ: No lo está. Hace poco en Nueva Cádiz, husmeando en los desperdicios, junto a la puerta del mesón, vi entrar presuroso al fraile barbudo, pegué mi oreja a la ventana y oí algo que trajo alegría y susto a mi corazón.

QUENEPA: Nada pueden oír los caribes en esta isla de desgracias que alegre sus corazones. Sólo la muerte ha de hacerlos sonreír.

(Grave)

¡Cuando la muerte sea nuestra venganza!

CUCIÚ: Habla la abuela como si ya estuviera en el fondo de la tierra.

QUENEPA: Desde que me tendí aquí con las piernas partidas, lo hice con la intención de no levantarme nunca más.

(*Entra en escena Yorosco, aparenta sufrir un gran cansancio*)

CUCIÚ: ¡Yorosco! ¡Anhelaba que vinieras!

YOROSCO: Tengo hambre y cansancio.

QUENEPA: (A Yorosco) Quiero decirte algo.

YOROSCO: Hágalo la anciana Quenepa.

QUENEPA: ¿Por qué hablas a los jóvenes para que duden del mandato de nuestros antepasados? ¿Por qué pretendes evitar que se haga lo único que se debe hacer?

YOROSCO: (Mirando a Cuciú)

No entiendo a la abuela... ¿Acaso?...

CUCIÚ: (A Yorosco)

He dicho a la anciana Quenepa lo que muchos pensamos... ¡Que se debe luchar!

YOROSCO: (A Quenepa) Así es...

QUENEPA: (Airada)

¿Te atreves a contrariar la voluntad de los más viejos? ¿Cuándo entre los caribes ha cundido la desobediencia?

YOROSCO: No hemos pensado en desobedecer. Día a día, bajo ese terrible dictado muchos caribes se

dejan morir. Ni un niño anuncia su venida en el vientre de las mujeres...

QUENEPA: ¡Así debe ser!

YOROSCO: Sin embargo, algunos pensamos que si hay que buscar la muerte no debe ser pasivamente...

(*A Cuciú*)

¡Dáme cazabe...!

(*Cuciú busca en la marusa y da cazabe a Yorosco, mientras éste come le acaricia el pelo y el cuello*)

QUENEPA: No entiendo eso. ¡Quisiera, Yorosco, que de ser posible nos extinguiéramos mañana mismo, sin esperar más, sin buscar ninguna otra cosa!

(*Viendo cómo Cuciú acaricia a Yorosco*)

¡Ah, Cuciú! ¿Por qué tocas así Yorosco? ¿Acaso lo pretendes?

CUCIÚ: Tiene derecho a que mis manos alivien su cansancio. Es mi hombre, ustedes los ancianos me lo dieron por tal.

YOROSCO: (*Rechazando suavemente a Cuciú*)

Debes seguir olvidando que soy tu hombre y eres mi mujer. ¡Existe el mandato!

CUCIÚ: (*Retirándose de Yorosco*) ¡Lo sé!

QUENEPA: Estoy por creer que el enemigo ha corrompido la voluntad de los caribes.

CUCIÚ: (*A Quenepa*)

Yorosco sabe que no hemos violado el mandato, pero abuela, el amor está en nosotros, en su pecho, en el mío.

QUENEPA: Tu voluntad, Cuciú, está enferma.

CUCIÚ: No pienses eso abuela. Solamente no he dejado de ser mujer... ¡Amo y deseo a Yorosco! ¡Sus palabras, sus caricias!

YOROSCO: ¡Cuciú!

QUENEPA: ¡Has enloquecido, Cuciú! ¡Tienes turbada tu razón y tus sentimientos!

CUCIÚ: Soy la misma Cuciú. ¡Una mujer caribe! ¡Cumpliré lo que han ordenado los ancianos, pero sin fingimientos...!

YOROSCO: (*Suave*) ¿Por qué has de decir eso?

CUCIÚ: ¿Por qué no decirlo? Di tú también a la anciana, Yorosco, que cumplirás con lo mandado por nuestros antepasados, pero que deseas luchar, que deseas morir, con la sangre ardiendo...

YOROSCO: Eso siento.

QUENEPA: Creo entender algo. Sí, temen la muerte por sí mismos, la que llega sabiendo uno que llega. ¡Por eso reniegan!

YOROSCO: ¡No es así!

QUENEPA: ¡Nunca creí que los caribes aquí reducidos llegarían a tanta cobardía! Pero los viajeros sabremos defender el valor y la voluntad de nuestro pueblo. ¡Quieran los dioses que pronto despuente el sol... entonces yo reiré!

CUCIÚ: (*Recordando*)

Ah, con el sol podrán venir grandes cosas...

(A Yorosco) Oí noticias que pueden ser verdaderas...

YOROSCO: ¿Qué alcanzaste a oír?

QUENEPA: Otra vez el cuento de lo que oyó.

(A Yorosco)

¡Anda turbada!

CUCIÚ: (A Yorosco) Dijo el fraile en el mesón a dos capitanes que allí estaban, que allá en tierra firme, por Paria y Araya todos los nuestros se habían alzado en armas. ¡Hay rebelión!

YOROSCO: (Asombrado) ¡Oíste eso!

¿No te engañaron tus oídos, Cuciú?

CUCIÚ: No me engañaron.

QUENEPA: (*Sarcástica*)

¡Cree en lo que pueden dejar oír los enemigos!

Son trampas, muchas veces han hecho eso para descubrir intenciones de rebeldía y aplastarlas en los cepos... ¡No las oigas Yorosco!

CUCIÚ: (*A Yorosco*)

¡Esta noticia es verdadera! El fraile temeroso... dijo que los nuestros mataban a los blancos y quemaban su ciudad, allá en la tierra cumanagota.

YOROSCO: (*Electrizado*)

¡Si eso es verdad, Cuciú, esta es la noche de la vida!

QUENEPA: (*Asombrada*) ¿De la vida?

YOROSCO: Sí. ¡Nuestros hermanos vendrán hasta Cubagua con las flechas de la venganza! ¡Oíremos sus guaruras anunciando desde el mar la muerte y el fuego para el enemigo!

(*Grita*)

¡Nosotros los caribes solamente somos!

CUCIÚ: (*Contagiada de entusiasmo*)

¡Solamente somos!

YOROSCO: (*A Cuciú*)

¡Iremos ahora mismo a la rebelión!

QUENEPA: ¿A qué rebelión?

YOROSCO: Abuela, yo y otros daremos frente a la muerte pero peleando. Ningún enemigo de esta isla irá a atacar a nuestros hermanos en armas... ¡Ninguno!

QUENEPA: Violarán lo que han dispuesto nuestros dioses.

YOROSCO: No será así.

QUENEPA: Les falta valor para darse la muerte o dejarse morir y buscan que los mate el enemigo. ¡Les darán ese gusto, cobardes! ¡En ustedes dejó de existir la sangre caribe!

YOROSCO: ¡Ya la alzaremos como ardiente fuego!

QUENEPA: Me burlo de ti.

YOROSCO: El plan que hemos ido preparando con lentitud de gusanos se apresurará esta noche...

QUENEPA: ¿Plan? ¡El sol de esta isla quemó tu razón, Yorosco!

YOROSCO: (A Cuciú)

Oye Cuciú, oye, que Yorosco está retornando a la alegría con eso que has oído, y su corazón renace ardiente como la flor del Pichigüey...

Oye, cuando el alba llegue, sombras, muchas sombras de ciegos, de macilentos, de todos los que tienen las frentes llagadas, se pondrán de pie para herir por doquier con desesperación, como sólo hieren los que van a morir... para que otros vivan...

CUCIÚ: ¿Qué puedo hacer yo?

YOROSCO: Los caballos y los perros serán envenenados; los depósitos de agua se vaciarán hasta la última gota. Hay huesos afilados y cuchillos hechos con las conchas de ostras, que ya tiene escogidas las gargantas que han de herir... Cuciú.

(La abraza)

Desde esta noche no habrá en la frente de los caribes más signos de esclavitud...

CUCIÚ: ¿He de permanecer aquí?

YOROSCO: No, Cuciú, toma un cuchillo y vuelve a Nueva Cádiz, piérdete en las sombras de su muelle y atracaderos...

CUCIÚ: ¿Qué haré allí?

YOROSCO: El mar está enfurecido y amenaza tormenta, cortarás las amarras de todas las embarcaciones y dirás al ciego Viyupa, ése que muere de hambre bajo los maderos del muelle, que perfore las pipas de agua; también debe ser derramada hasta la última gota la que tienen en las casas... ¡La sed! ¡La sed sobre Cubagua también será nuestra amiga!

CUCIÚ: ¡Me estoy sintiendo feliz, aunque tiemblo!

QUENEPA: ¡Han enloquecido, todos han enloquecido! ¡Es el enemigo quien los ha enloquecido!

YOROSCO: (Asomándose afuera)

Sigue tan obscura como antes la noche. Daré aviso a otros. Sabrán lo que hacen nuestros hermanos en la tierra de Araya. Dentro de sus pechos los corazones volverán a cantar.

(A Cuciú)

Después que hagas eso vuelves aquí, pienso...
Sí... Quizás tengas que cumplir algo muy importante.

(Sale rápido)

CUCIÚ: ¡Haré todo con rapidez y volveré!

(Va junto al fogón y toma un pequeño cuchillo, se tercia el mapire y sale)

QUENEPA: (Gritando a Cuciú)

¡Vete! ¡Vete tras él, Cuciú! ¡La desobediencia hará que los dioses y los espíritus de nuestros antepasados les den la espalda y sean más duras para ustedes las cadenas de la esclavitud! ¡Vete! ¡Vete tras tus mentiras!

(Obscuridad lenta)

ACTO SEGUNDO CUADRO TRES

(Al descorrerse el telón la luz se enciende en la escena del mesón. Junto a la mesa Limpias bebe mientras Salduendo recoge los dados y los guarda. Tigüire entra y sirve a ambos más vino, luego cambia la vela de sebo del candelabro)

SALDUENDO: Verdad es que en eso de los dados nadie gana al señor Capitán ni un maravedí.

LIMPIAS: Vos mismo dijisteis, Maese, que la suerte es mujer casquivana.

SALDUENDO: No lo es tanto, pues os ha guardado fidelidad.

LIMPIAS: Es cierto, caballero. Hay cortesanas que saben querer.

SALDUENDO: Pese a mí que ese amor me cuesta veinte caribes ya marcados y listos para bucear. Doblones en oro de vellón pagué por ellos.

LIMPIAS: *(Sonriente)*

Calmáos, bien haré yo que los devuelvan con creces buscando millares de ostras.

SALDUENDO: Pero las perlas irán a vuestra bolsa y no a la mía...

LIMPIAS: No se lamente tanto su merced, que si es cierta la noticia llegada al fraile, guerras en

puerta tenemos contra los caribes de Maracapana y volverán a ponerse baratos los cautivos.

(Tigüire arregla algunas pipas y botas)

SALDUENDO: Ciento puede ser. Ah, pero vaya que se ha dilatado el señor Oidor en traer a su señoría...

LIMPIAS: Paso a creer que es fuera de los muros de la ciudad donde el señor Gobernador aposenta a la moza de sus amores.

SALDUENDO: Bien atado lo lleva esa pasión.

(Afuera canta un pájaro)

LIMPIAS: Dicen que la moza es sabroso bocado...

SALDUENDO: Algo raro de encontrar por esas remotas Indias...

(Chilla de nuevo un pájaro. Tigüire abre la ventana y mira hacia fuera)

LIMPIAS: Parece que los vientos del mar tienen inquietos a los pájaros.

SALDUENDO: Más parecen murciélagos los que chillan.

(Oyese otro chillido y un leve ruido como de una piedra que cayera cerca)

LIMPIAS: Y vuelan bajo. Oiga cómo derriban objetos por las calles...

(*Tigüire abre la puerta, se asoma y sale*)

SALDUENDO: (*Señalando a Tigüire*)

Quizás ha creído que cayó un murciélagos. Dicen que muchos caribes acostumbran comerlos.

LIMPIAS: (*Haciendo un gesto de asco*)

¡Puhaa! Son capaces.

SALDUENDO: Le diré, para mí los murciélagos tienen algo de pequeños demonios.

(*Tigüire regresa. Mira semi sonriente a Limpias y Salduendo. Toma la garrafa que había dejado sobre un banco y va al interior*)

LIMPIAS: El animal debe haber huído y a Tigüire se le escapó el manjar.

(*Afuera se oyen pasos como de gente descalza que corriera. La voz del fraile Olegario grita*)

FRAILE: (*Desde afuera*) ¡A mí, caballeros, a mí!

SALDUENDO: (*Tomando rápido su espada y su capa*)

¡Es la voz del fraile!

(*Cuando va a salir, entra Fray Olegario, llega turbado*)

FRAILE: ¡He visto sombras extrañas moviéndose por la calleja! ¡Vaya que vengo alarmado!

LIMPIAS: (*Persignándose*) ¡Fantasmas habrán sido!

SALDUENDO: Tan obscura es la noche que no es raro anden en ella los difuntos recogiendo sus pasos.

FRAILE: Para mí tengo, señores, que eran indios y no fantasmas de pecadores.

LIMPIAS: ¿Indios? ¡Vaya! ¡Vaya! A estas horas todos están bien encerrados en los fosos y barracas y hasta algunos fuertemente amarrados y con cepos.

SALDUENDO: Así es señor fraile. Sólo pocos indios inútiles como el mudo que me sirve en esta posada, no son encerrados, ¿quién se fía de caníbales?

FRAILE: No sufri engaño de la vista. Las sombras que vi iban semidesnudas y desaparecieron como ocultándose.

LIMPIAS: El reverendo sigue impresionado por las noticias recibidas de la tierra cumanagota, eso es...

SALDUENDO: (*Ofreciéndole asiento*)

Repose el reverendo y cálmese, las jornadas que ha hecho esta noche lo han debilitado.

LIMPIAS: Quizás la confesión que hizo al soldado fiebroso turbó también su ánimo...

SALDUENDO: ¡Quién sabe cómo tendría de pecados ese señor soldado!

LIMPIAS: Si es de los que guerrearon en África su buena carga habría de tener...

FRAILE: ¡Reponéos, señores, reponéos, que murmuráis de un difunto!

SALDUENDO: ¡Válgame Dios! (*Santiguase*)
¡Ignoraba que ya no era de esta tierra!

LIMPIAS: ¡Su alma quede en paz!

FRAILE: Por muy pecador que fuera ya tuvo la absolución. ¡Sea el señor con él!

LIMPIAS: ¡Así sea!

(*Tigüire se asoma por el corredor. El fraile lo mira*)

FRAILE: (*Mostrando a Tigüire*)

¿Podría ese mudo traerme un sorbo de agua?

SALDUENDO: Y comida también si el reverendo apetece algo...

FRAILE: Sólo agua para mi sed... Puedo estar afiebrado...

SALDUENDO: La providencia ampare al reverendo...

(*A Tigüire con voz alta*)
¡Trae agua muy limpia para el señor fraile...
Anda!

(*Tigüire emite un leve sonido, afirma con la cabeza que ha comprendido y va al interior*)

FRAILE: Muy poca beberé, ando de penitencias...

LIMPIAS: (*Al fraile*)

Ya hace su reverencia buena penitencia bebiendo sólo agua de esas pipas podridas...

SALDUENDO: Sabe a rancia. Dicen que toma ese sabor en el paso del mar, al traerla desde tierra firme a esta isla...

LIMPIAS: ¡Así debe ser, además no es agua de manantial!

FRAILE: Ah, me han recordado ustedes.

(Se incorpora)

Otra cosa que también me turbó fue ver a alguien rondando cerca de las grandes pipas donde ella se guarda.

LIMPIAS: ¿Las que se amontonan por el atracadero?

FRAILE: Las mismas.

LIMPIAS: Su cuidador ha de ser quien vio el señor fraile...

FRAILE: Lo conozco, y no era él. Si no yerro parecía la sombra de esa mujer...

SALDUENDO: ¿Cuál mujer?

FRAILE: Esa a quien perseguía hace poco el señor Oidor Real Don Alonzo Niño...

LIMPIAS: ¡La leprosa? ¡Esa carroña cerca de las pipas de agua?!

SALDUENDO: ¡Vaya que es pavoroso peligro eso!

FRAILE: Gran temor me asaltó. Con sólo esa lazrina meter sus manos en los toneles o pegar su sucia boca a las espitas...

LIMPIAS: Calle su reverencia que me espanta.

SALDUENDO: De esa agua se bebe y con ella cocíname en toda Nueva Cádiz... Y harto trabajo cuesta traerla desde tierra firme...

LIMPIAS: ¿Y vio el reverendo si tocaba los toneles?

FRAILE: Movíase con premura y al sentirme desapareció hacia el muelle abajo...

SALDUENDO: Quizás convenga aislar a esa caribe...

LIMPIAS: Medida mejor será sacarla de Cubagua junto con la otra leprosa a quien cuida. Dejarlas en un islote de esos que tanto abundan en estos mares y quedarnos tranquilos.

SALDUENDO: Quizás pretendan infisionarnos a todos con su lepra...

FRAILE: Eso me temo. En varios libros he leído de lázros vengativos que hacen por extender su mal...

LIMPIAS: ¡El cristo de la salud nos ampare! ¡Mire que son caribes y herejes!

SALDUENDO: ¡Temo más a ese mal que a cien heridas!

LIMPIAS: Quizás sea bueno que eche una ojeada por los atracaderos y averigüe qué hace por allí esa mujerzuela.

(Afuera, lejos, oyense gritos confusos)

FRAILE: ¡Esta es noche de perturbaciones y escándalos en Nueva Cádiz!

(Se escucha un disparo de mosquete)

SALDUENDO: Un tiro de mosquete, malos lances han de ocurrir donde gritan.

LIMPIAS: *(Tomando capa y sombrero y ciñéndose la espada)*

Antes de opear por los atracaderos veré qué novedades son esas. Ya es bueno que sepa quiénes son los que todas las noches mandan almas al cielo.

FRAILE: Al infierno diréis mejor, señor Capitán, pues por mí marchan sin confesión.

(Limpia sale. Por el pasadizo llega Tigüire, trae un pequeño barril y un cántaro vacío. Da a entender por señas que no hay una gota de agua que ofrecer al reverendo, indicando que le va a buscar)

SALDUENDO: *(A Tigüire)*

¿No hay una sola gota de agua? ¡Y ahora es cuando viene a decirlo con sus gestos de mono este indio roñoso? ¡Merece que le dé palos! ¡Fíjese su reverencia con la cara de idiota que mira!

(Se pone de pie y da un empujón a Tigüire)

¡Anda! ¡Sal y busca el agua en los depósitos!
¡Simio! ¡Carroña!

(Tigüire sale con suma lentitud mirando fijamente a Salduendo y con un gesto de sorna en la boca)

SALDUENDO: (Al fraile)

No me explico esa escasez de agua, apenas anteayer hice traer suficiente como para llenar la pipa grande que tengo en el patio.

FRAILE: Es raro en verdad.

SALDUENDO: Me intriga, iré a ver...

FRAILE: Vaya usted. Maese...

(Salduendo va adentro, afuera canta de nuevo un pájaro, otro le responde. El fraile toma el farol y algo intrigado se asoma a la ventana como tratando de penetrar la obscuridad que reina afuera. Regresa Salduendo)

SALDUENDO: ¡Ah, esa carroña! ¡Le daré duro con la espada, no debe ir lejos!

(Toma con rapidez y enojo su espada)

FRAILE: ¡Repóngase, Maese! ¿Qué le ocurre?

SALDUENDO: ¡Derramó el agua a propósito, hasta la última gota! ¡Dejó abierta la llave de la pipa y como si fuera poco le sacó el tapón!

FRAILE: ¿Y por qué haría tal cosa ese indio?

SALDUENDO: Por maldad, pero ya lo traeré aquí y junto a la pipa le daré su merecido...

(Sale rápido)

FRAILE: No se enoje de esa manera su merced, mire que el indio es un idiota...

(Toma el farol y se asoma nuevamente a la ventana, gritando hacia fuera)

Tenga cuidado Maese, vea que la rabia con que va puede hacerlo caer... Ah, cruzó la calle, vaya que tiene ánimo levantisco el Maese Lorenzo de Salduendo.

(Vuelve a la mesa y se sienta. Toma un tarro de vino y lo huele dejándolo en su lugar con gesto de renuncia)

No huele mal el vino.

(Afuera óyese un ruido. El fraile se asoma a la ventana nuevamente)

Vaya que le ha echado mano...

(Entra Salduendo trae a Tigüire agarrado y arrastrándolo con violencia)

SALDUENDO: Logré echarle mano cuando soltaba el barril para huir...

(Al indio)

¡Marrajo! Ahora pagarás por la herejía que has hecho! ¡Te daré de palos! ¡Te pondré a podrirte en un cepo! ¡Botar el agua que en Cubagua vale tanto como el oro! ¡Más que el oro!

FRAILE: ¡Sosiéguese usted, Maese, recuerde que ese caribe es igual a un animalejo!

SALDUENDO: *(A Tigüire) (Sacudiéndolo)*

¿Qué quisiste hacer dejándome sin agua? ¿Una burla? ¡Garabato del demonio! ¡Caníbal!

(Tigüire logra zafarse y avanzar hasta el pasadizo dando el frente a Salduendo. Éste va a golpearlo con la espada pero el fraile lo agarra por el brazo)

¡Carroña!

FRAILE: Gasta usted enojo y palabras inútilmente.

(Tigüire mira fijamente a Salduendo y luego comienza a reir alto y con sorna, a reir extrañamente como si fuese presa de violenta locura. Salduendo desenvaina la espalda)

SALDUENDO: ¡Mire usted, padre, cómo se comporta!
¡Mire que se burla de mí!

(Va a avanzar pero el cura se interpone)

(Se sonríe)

FRAILE: Está loco. ¡Conténgase usted, que ese caníbal se ha vuelto loco! ¡Por los cielos que ha enloquecido!

(Salduendo se turba y mira con asombro a Tigüire, éste riendo siempre, retrocede y desaparece al interior)

SALDUENDO: ¡Vaya que es capaz de haber enloquecido! Ah, pero no, ¡más parécmeme que se burla! ¡Ya verá usted padre cómo con dos buenos planazos esa locura le sale por su horrible boca!

(Va en persecución de Tigüire)

FRAILE: ¡Contenga sus iras Maese Salduendo, que es como gastar pólvoras en fantasmas!

(Se oye dentro la risa de Tigüire y el ruido de los planazos que le da Salduendo. Éste regresa)

SALDUENDO: Mañana, apenas toquen diana lo echare en un cepo, para mí que se burlaba.

FRAILE: Todavía creo que su razón se ha turbado.

(Adentro se oye nuevamente la risa de Tigüire, ruidosa, burlona. Salduendo iracundo y asombrado mira al fraile. La risa cesa, luego siéntese un ruido como de un cuerpo que se desploma. Salduendo va al interior, rápido)

SALDUENDO: (*Desde adentro*)

¡Se ha desplomado! ¡Ah, busque usted el farol señor fraile, que para mí esta carroña se ha muerto! ¡Sí, está muerto!

(*El fraile se santigua y toma el farol presa de cierta turbación*)

¡Tiene sangre en los brazos!

FRAILE: (*Asomándose hacia adentro*)

Lo mató el demonio de la locura que se introdujo en él. No toque usted su cuerpo.

(*Salduendo regresa turbado*)

SALDUENDO: Ah, pero mire su reverencia lo que he encontrado. (*Sale*)

Acerque el farol para ver que es esto.

(*Muestra una pequeña ollita de barro como la que dio Piescó a Quenepa y una larga espina de pescado*)

Una ollita y una espina... Veamos qué es...

FRAILE: (*Mirando*) ¡Cuídese usted, Maese, mire que es curare!

SALDUENDO: ¡Curare! ¡Válgame Dios! ¡Y en manos de ese indio! ¡El peligro que he corrido!

FRAILE: ¡Su santo patrono lo ha salvado, Maese! ¡Con sólo el caníbal haberlo tocado con esa espina su alma estaría rindiendo cuentas allá arriba!

(Se santigua)

SALDUENDO: Créame su reverencia que le pondré un cirio a mi santo patrón.

FRAILE: Y récele usted varios padres nuestros. Ah, Maese, pero antes guarde usted esas cosas diabólicas en sitio seguro.

SALDUENDO: (Poniendo los objetos sobre una repisa)

Extraña locura la de ese caribe. Tuvo usted razón, algún demonio lo poseyó.

(Entra Limpias, se muestra alarmado)

LIMPIAS: ¡Un caribe iracundo, de los que están en los cepos intentó escapar! ¡Nadie sabe cómo lo gró zafarse!

SALDUENDO: ¿Traspuso los muros?

LIMPIAS: Sí, fue capturado de nuevo cuando se hurtaba una curiara y la empujaba hacia el mar, con intención de huir a Cubagua.

FRAILE: ¡Malas están las cosas señores!

LIMPIAS: ¡Y por si fuera poco lo del fugado, les diré que aparecieron más de veinticinco indios muertos en los fosos del fortín mayor...!

SALDUENDO: ¡Santo Cristo de Jerusalén! ¡Peste negra podrá ser!

LIMPIAS: Dios quiera que no.

FRAILE: No me agrada nada la noticia señor Capitán.
Todos los santos hagan porque amanezca pronto.

SALDUENDO: (*A Limpias*)

Aquí también ha habido muerto.

LIMPIAS: ¿Aquí? ¿Acaso habla usted en juego?

SALDUENDO: Nada de eso.

FRAILE: El viejo mudo acaba de morirse.

LIMPIAS: (*A Salduendo*)

¿Tigüire? ¿El que ya parecía un fantasma de mono?

SALDUENDO: Sufrió un ataque de locura. Se hirió con una espina untada de curare. Adentro, junto a las pipas está el cuerpo...

LIMPIAS: (*Curioso va adentro*)

¡Curare, válgame Dios!

FRAILE: (*Gritando a Limpias*)

¡Tenga cuidado el señor Capitán de no tocar el cuerpo!

SALDUENDO: Es fulminante ese veneno...

(*Regresa Limpias*)

LIMPIAS: (A *Salduendo*) ¿Está seguro que usó curare?

SALDUENDO: (Mostrándole la ollita y la espina).

Sí, allí está.

LIMPIAS: (Al *fraile*)

¡Vaya! ¡Vaya! Ahora sí es para alarmarse. ¿Qué piensa de todo el reverendo?

FRAILE: Me pierdo en conjeturas.

(A *Salduendo*)

¿Cómo podría conseguir el caribe esa ollita con el veneno?

SALDUENDO: Antes de ahora no se le había visto.

FRAILE: (A *Limpias*)

¿Sabe el señor Capitán si tenían alguna ollita como esa los indios que murieron en el fortín mayor?

LIMPIAS: No sé qué habrán encontrado con los cuerpos. Oí las voces y me enteré del suceso sin detalles.

FRAILE: Quizás no haya sido peste...

(Queda pensativo)

SALDUENDO: ¿En qué piensa el reverendo?

FRAILE: Recordaba la horrible risa del mudo... Acaso... Pero no, quién va a entender a esos caníbales.

(Vuelve a oírse afuera el chillido de un pájaro.
Otro chilla más lejos)

LIMPIAS: Confieso que entiendo mejor a mis perros...

SALDUENDO: ¿Y de la leprosa? ¿Alcanzó a ver qué hacia rondando las pipas en el atracadero?

LIMPIAS: Sólo un fuerte viento de tempestad gemía por aquellas obscuridades.

FRAILE: Sus mercedes me perdonen, pero vuelvo a mi preocupación. Todo cuanto ha ocurrido con esos caribes esta noche, unido a las noticias que tengo sabidas, me turba sobre manera...

LIMPIAS: Todo es un poco extraño, no hay duda, pero ¿qué debemos temer?

SALDUENDO: Pienso como vos, señor Capitán. No es la primera noche que mueren caribes en Nueva Cádiz, ni la única en que hay escándalos, perros aullando y sombras merodeadoras...

LIMPIAS: Ni tampoco será la última.

SALDUENDO: Sin embargo, debo decir como el reverendo, que la risa fúnebre de Tigüire me impresionó.

FRAILE: Además de haberme impresionado sufro otro temor.

SALDUENDO: ¿Cuál?

FRAILE: ¿Se han dado cuenta de lo que puede significar el curare en manos de otros indios? ¿Cómo lo consiguió el mudo ese?

SALDUENDO: Ah, ¡no había pensado detenidamente eso!

LIMPIAS: Ni yo... ¡Tiene razón el reverendo!

SALDUENDO: Creo que es urgente tomar medidas. ¡Es un tósigo fulminante!

FRAILE: ¡Hasta con las uñas podrían asesinar cristianos!

LIMPIAS: ¡Sálvenos el Padre Eterno!

(Oyense pasos afuera)

ALONZO: *(Entrando)*. ¡Aquí llega su señoría!

(Hacia la puerta)

Pase, pase, su merced...

(Entra el Gobernador Francisco de Castellanos)

CASTELLANOS: *(Saludando)* ¡Salud, señores...!

ALONZO: *(Coreado por Limpias y el fraile)*

Téngala muy buena su señoría...

CASTELLANOS: *(Al fraile)*

Hanme dicho señor fraile que tenéis cosas importantes que comunicarme... Veamos, veamos... (Se sienta)

FRAILE: Así es señor.

CASTELLANOS: (A Alonzo)

Señor Alonzo, prevenid en el fortín mayor que iré a dormir allá, luego de despachar esto, aquí me buscaréis.

ALONZO: Así lo haré, pierda cuidado su señoría...

(Sale)

CASTELLANOS: (Al fraile) Bueno, diga el reverendo.

FRAILE: Mucha alarma hay señor en Nueva Cádiz, pero antes leed esto...

(Saca el pliego y lo tiende al Gobernador, éste lo toma y comienza a leerlo. La luz se va apagando hasta la obscuridad)

ACTO SEGUNDO

CUADRO CUATRO

(Lentamente la luz se va encendiendo en la escena del rancho, afuera, muy cerca, ladran perros mientras algunas voces los azuzan a rastrear. Quenepa se medio incorpora en la estera, con cierta inquietud. Los ladridos y las voces se alejan. Entra Cuciú sigilosamente y mirando hacia afuera como temerosa de que la hayan visto. Trae la marusa y un pequeño bojote en las manos)

CUCIÚ: Buscan uno de los nuestros que escapó del fortín, los perros huelen la tierra y se orientan hacia la playa.

QUENEPA: Cómo me remueven recuerdos sombríos esas fieras ladrande en persecución de un caribe...

(Obscuridad, sobre la cabeza de Quenepa una débil luz azul)

Allá vienen, Wooli, los enemigos... azuzan sus caballos y sus perros de presa... Disparan sus armas, blanden sus espadas... Apenas hay hombres caribes cerca de los ranchos, todos han sucumbido defendiendo el paso del cerro... Los perros hicieron presas en muchas gargantas... Mira cómo traen sus bocas sanguinolentas y terribles... Wooli, hija mía, huye con los niños, llévalos de aquí pronto, a la selva, a los riscos, lo más lejos posible,

donde no los encuentren estos raros invasores. ... Detrás de los ranchos subía hacia las nubes, negro, doloroso, el humo del maizal. Piyú lo había quemado, y había quemado las yucas y las matas de algodón... Que todo lo destruya el fuego, dijo, antes de que caiga en manos de los enemigos... ¡Cuántos de los nuestros muertos! ¡Cuántos heridos cautivos! ¡Hubiera sido preferible morir!

¡Después entre las lágrimas de impotencia vimos quedarse atrás, sola bajo las cenizas, nuestra tierra... Y como un río desbordado vino el sufrimiento...!

(La luz se va encendiendo lentamente)

¡Esos perros buscando con sus fauces abiertas!

(Se toca el pecho)

¡Aquí siento sus mordidas, Cuciú, aquí las siento!

CUCIÚ: Sólo deseo que el fugitivo encuentre una cu-
riara... Podrá ganar el mar...

QUENEPA: Pronto no tendrán en Cubagua a quién rastrear con sus fieras.

(Con una sonrisa fría) ¡Se persigue inútilmente a los muertos!

CUCIÚ: *(Sordamente)*

¡La muerte! ¡Ese que huye desea vivir!

QUENEPA: ¿Por qué insistes en hablar de vivir?
(*Sin disimular su resentimiento*)

No has debido volver aquí, Cuciú, ¿por qué no te quedaste con Yorosco en la roca donde habitaba? Has debido hacerlo.

CUCIÚ: Usted sabe que no fui con Yorosco. Anduve por los atracaderos haciendo lo que él me mandó. He vuelto porque necesito preparar esto que he traído.

(*Se sienta en el ture de espaldas a Quenepa, saca algo de la marusa y del bojote y comienza a manipular*)

QUENEPA: (*Suave*)

Debes comprender, Cuciú, eres una muchacha despierta, todo cuanto hagan no servirá sino para apretar más las cadenas y dogales en los cuellos de los caribes; volverán los empalmientos, los miembros cortados, el garrote...

CUCIÚ: Puede engañarse la abuela...

QUENEPA: (*Airada*)

¿Engañarme? ¡Hablas sin ningún respeto a mi vejez! ¡Hasta eso lo has perdido, Cuciú!

CUCIÚ: Decirle que puede sufrir engaño no es faltarle el respeto.

QUENEPA: Sí lo es... Y no solamente me lo faltas a mí sino a nuestros antepasados. Sus espíritus se irritarán, Cuciú, y tu castigo será terrible...

Maldita serás Cuciú y hasta la vida se te vaya, vieja, más vieja que yo, has de ser esclava, sin amores, sin ilusiones, y querrán ellos que nuestra tierra, esa que tanto amamos los caribes y por la que tanto hemos sufrido al querer defenderla de los extranjeros, niegue su cobijo a tus huesos y anden siempre en picos y dientes de aves de rapiña y fieras.

CUCIÚ: Hiérame cuanto quiera con sus palabras.

Pero desde hace unos momentos sentí en mí, con mayor fuerza, que Yorosco tiene razón. He visto que nuestros enemigos pueden sentir miedo.

QUENEPA: Miedo tienes tú, Yorosco, los otros...

CUCIÚ: ¡No! Lo tienen los enemigos extranjeros. Esas voces que he sentido por aquí azuzando a los perros; esa búsqueda presurosa del fugitivo ¿qué son sino miedo? Miedo a nuestra ira, a nuestra venganza... Si podemos atemorizarlos también podremos destruirlos... Además...

QUENEPA: ¿Además qué?

CUCIÚ: Estamos sobre el fuego de la desesperación... Y nos ayudarán la astucia, el odio...

QUENEPA: (Sarcástica)

Ya veo a los extranjeros riéndose de ustedes...

CUCIÚ: Esta noche no se reirán...

QUENEPA: Pero me río yo. (*Ríe con frialdad burlona*)

¿Crees que puede vencer una liebre luchando con un jaguar?

CUCIÚ: Ahora es usted la que no habla como una caribe.

QUENEPA: (*Iracunda*)

¡Cuciú! ¡Recuerda quién soy!

CUCIÚ: (*Dejando lo que hace y acercándose a Quenepa*) ¿Sabe lo que hago ahora?

QUENEPA: (*Despectivamente*)

Preparas comida para Yorosco y quién sabe si para los otros... Me huele a pescado.

CUCIÚ: Sí, preparo pescado, pero no es para Yorosco. Lo preparo para echarlo a los perros.

¿Y sabe lo que le pongo? Zumo venenoso de ñongué. Es parte de lo que debo hacer. Otros, como yo, como usted, como Yorosco, preparan distintas sorpresas para el enemigo.

QUENEPA: ¿Y qué ganarán con eso? Pueden traer más perros.

CUCIÚ: También, abuela, si nos dejamos morir pueden traer más esclavos, pero Yorosco me lo ha dicho, si luchamos, aun cuando nos maten, los caribes que traigan para esclavizarlos aquí también lucharán, y podrán morir del mismo modo, pero si traen otros también lucharán y algún día esa lucha dará frutos!

QUENEPA: Parloteos de loro.

CUCIÚ: Recuerde lo que oí antes... En Maracapana están alzadas las flechas de la venganza. ¡No estamos solos!

QUENEPA: No me engañarán Cuciú. Todo cuan-
to hacen es para eludir el mandato. ¡Quieres
más la vida que la libertad!

(Entra Piescó, gravemente animado)

PIESCÓ: ¡Quenepa, el mandato se está cumpliendo,
ya se han dado muerte otros!

QUENEPA: ¿Quiénes lo hicieron ahora?

PIESCÓ: Todos los sacadores de ostras que encie-
rran por las noches en los fosos del fortín ma-
yor. Los enemigos echan pestes y vociferan
sin entender lo que ha pasado...

QUENEPA: Ya veo a los espíritus de los abuelos
sonreír entre las sombras.

PIESCÓ: Satisfechos han de estar por lo que hacemos.

QUENEPA: Esos muertos fueron caribes y supieron
cumplir. ¡Pero hay otros que prefieren renegar
del mandato y vivir...

PIESCÓ: ¡No creo! ¡No creo!

QUENEPA: Debes creerlo. Sé de algunos que prefie-
ren la esclavitud, y con el pretexto de luchar
alguna vez no piensan darse la muerte.

PIESCÓ: ¿Quién puede preferir la esclavitud?

QUENEPA: Muchos que tienen miedo. ¡Ya hay cobardes entre los caribes, Piescó!

PIESCÓ: ¿Cobardes? ¿Has dicho cobardes?

QUENEPA: ¡Sí!

PIESCÓ: Nombra a esos que no quieren obedecer el mandato. Nómbralos para maldecirlos ahora y cuando ya no esté andando en la vida... ¡Nómbralos, Quenepa!

QUENEPA: Cuciú es una...

PIESCÓ: ¿Cuciú? (*Va hasta donde está Cuciú*)

¿Tú? ¿Tú? Dile con altivez a la abuela Quenepa que miente... Díselo, pequeña luciérnaga... Arrójaselo a la cara... Quita de ti esa ofensa...

CUCIÚ: No temo morir Piache Piescó, ahora mismo estoy dispuesta a hacerlo...

PIESCÓ: ¡Has quitado el pesar y la ira de mi pecho!

CUCIÚ: Pero no creo que debamos extinguirnos pasivamente como mueren esos árboles tristes.

PIESCÓ: (*Sin comprender claramente lo que dice Cuciú*)

¿No has entendido? Dejándonos morir nos vengamos... Además Cuciú, la muerte será la libertad...

CUCIÚ: (*Negando con la cabeza*)

¿Quién la verá? Piache Piescó, yo creo más en la lucha y para luchar conviene vivir...

QUENEPA: (*A Piescó*)

¿Ves claro lo que hay en el corazón de Cuciú?
Rehuye el mandato...

PIESCÓ: (*Retrocediendo asombrado como si Cuciú emanara algo espantoso*)

Ha dicho la verdad la abuela Quenepa, no crees en los ancianos ni en los dioses y burlas el dictado de los antepasados.

CUCIÚ: Desde que el enemigo apareció en nuestras tierras los caribes hemos luchado. ¿Por qué no seguir? ¿Por qué extinguirnos?

PIESCÓ: (*Airado y fuera de sí*)

Los espíritus enemigos de nuestros pueblos están dentro de ti...

QUENEPA: También Yorosco burla lo que se ha dispuesto.

PIESCÓ: ¿Él?

QUENEPA: Propaga al oído de muchos caribes ideas contrarias al cumplimiento del mandato... (*Señalando a Cuciú*) Ella lo ha escuchado.

PIESCÓ: ¿Cuándo los jóvenes caribes se habían puesto frente a sus mayores? ¿Cuándo el dictado de los muertos ha sido desobedecido?

QUENEPA: Ya hay varios que piensan como él.
¡El aire de esta isla los ha corrompido!

PIESCÓ: ¡Yorosco! ¡Yorosco! Antes de ser herido
y capturado combatió como un jaguar airado.
Era obediente a los más viejos y a los espí-
ritus... ¿Qué le puede haber pasado?

QUENEPA: La esclavitud ha turbado su pensamien-
to y lo ha vuelto cobarde... Eso debe ser.

PIESCÓ: ¡Ah! Yorosco entonces propaga la cobar-
día. Ella nunca ha existido entre nosotros.
¡Yorosco, Yorosco, te buscaré, pues antes de
que mi cuerpo copie la imagen de la muerte he
de arrojarte a la cara mi saliva obscura!

(Sale presa de ira)

QUENEPA: Eso es, arrójale a su cara tu saliva,
también lo haría yo si pudiera. (A Cuciú)
Temblarán hasta los huesos de ustedes Cuciú
cuando les llegue el castigo.

(Cerca vuelven a ladrar los perros)

CUCIÚ: *(Inquieta)*

Regresan con sus perros de la persecución.

(Se asoma a la puerta)

Allá pasan con hachones encendidos. Parece
que no han encontrado a nadie. Van presuro-
sos. ¡Ah, mi corazón oye que tienen miedo!

(Yendo hacia la abuela)

Y lo tendrán más cuando vean llegar a los nuestros de Maracapana con las flechas y macanas movidas por la furia de la venganza. ¡Algún día los destruiremos abuela, sabemos ya que son vulnerables!

QUENEPA: ¡Estás engañada! (Serena) ¿Por qué no oyes Cuciú la voz de nuestros antepasados?

CUCIÚ: (*No quiere escuchar*). Haré lo que debo hacer...

(*Recoge una parte del pescado que ha preparado, lo envuelve y se dispone a salir, entra Yorosco, trae algunas conchas, palos cortos, piedras y un rollo de cuerda, también algunas flechas*)

YOROSCO: (*Señalando hacia afuera*)

Hacia los peñascales van con los perros. Me oculté detrás de los cardones cuando pasaron.

(*Quenepa llena de desprecio da la espalda cuando habla Yorosco*)

QUENEPA: ¡Renegado!

YOROSCO: (*Mira a Quenepa y alza los hombros. Luego habla a Cuciú*)

¿Preparaste el pescado? Aquí traigo también un pedazo de conejo, su carne la apetecen mucho los perros.

(*Pone en el suelo lo que trae*)

CUCIÚ: El pescado está listo, sólo habrá que arrojarlo en los sitios donde encierran a esas fieras.

YOROSCO: Ya están prestas las manos que lo harán, aprovechando las últimas sombras de esta noche.

CUCIÚ: (*Señalando las piedras, los palos y lo demás que ha traído Yorosco*)

¿Para qué son esas conchas, piedras, palos y guarales?

YOROSCO: Para que hagas macanas y cuchillos. En otros lugares también hacen diversas armas.

CUCIÚ: Trabajaré ahora mismo.

YOROSCO: (*Revisando el pescado que ha preparado Cuciú*)
Sólo deseo que el veneno surta efecto.

CUCIÚ: Puse bastante. El ñongué no es muy fuerte, pero en Cubagua no hay dónde conseguir otro más efectivo.

YOROSCO: Supimos que en el fortín, hace poco, junto a muchos nuestros que murieron encontraron curare. Una ollita muy pequeña.

CUCIÚ: ¡Curare! ¿En el fortín?

YOROSCO: Sí.

CUCIÚ: ¿Por eso buscarán tanto?

YOROSCO: Por eso debe ser.

CUCIÚ: Y tienen miedo.

YOROSCO: Saben lo que puede significar. Ah, si lo tuviéramos nosotros...

CUCIÚ: ¿Quién pudo traerlo a Cubagua? Queda muy lejos donde lo hacen.

YOROSCO: Me gustaría saberlo.

CUCIÚ: Ah, (*Señalando a Quenepa*) ¿No lo sabrá ella?

YOROSCO: ¿La abuela? ¿Ahí, con sus piernas partidas?

CUCIÚ: Puede ser.

YOROSCO: (*A Quenepa*)

Abuela, en Cubagua hay curare...

QUENEPA: ¡Renegado!

YOROSCO: (*Sereno*) El enemigo lo ha encontrado...

QUENEPA: No tienes que hablarme. Sólo los verdaderos caribes pueden hacerlo.

YOROSCO: Vamos a luchar contra el enemigo, somos bastantes...

QUENEPA: Los has engañado...

YOROSCO: Antes de salir el sol atacaremos...

QUENEPA: Nuestros dioses no estarán con Ustedes...

YOROSCO: (*Impasible*)

Si tuviéramos curare todo sería más fácil.

CUCIÚ: (*Suave pero firme*)

Diga abuela, ¿sabe quién lo trajo?

QUENEPA: (*Indiferente*) Nada tengo qué hacer con eso.

YOROSCO: ¡Cada herida sería un enemigo menos!

¡Dígame abuela! ¡Untadas con curare nuestras armas serán terribles!

CUCIÚ: (*A Quenepa*)

¿Hay más en poder de algunos de los nuestros?

QUENEPA: ¿Y si lo hay? ¿Qué? No será para usarlo en lo que ustedes pretenden hacer.

YOROSCO: (*A Cuciú*)

Si hay más en Cubagua, averiguaré quién lo tiene.

QUENEPA: ¡Nada te detiene en tu afán Yorosco, seguramente que un mal demonio de nuestros enemigos te guía...!

YOROSCO: (*A Cuciú*)

Me llevaré el pescado, pronto estará en las manos que han de arrojarlo a los perros.

CUCIÚ: Deseo que lo coman los más fieros.

YOROSCO: Son los que siempre tienen hambre, lo comerán pronto. Haz los cuchillos con

las conchas más afiladas, volveré por ellos. Muchas cosas debo hacer antes de que el sol despunte.

(A Quenepa)

Abuela, con curare o sin él las armas se alzrán iracundas en las manos de los caribes aquí cautivos.

QUENEPA: ¡Ay de ti, Yorosco!

CUCIÚ: (A Quenepa)

Diga, abuela, en vez de eso, ¡ay de nuestros enemigos! ¡Debe decirlo, porque usted los odia! ¡Sé que los odia!

QUENEPA: (Tercer) ¡Ay de quienes violan el mandato!

YOROSCO: (A Quenepa)

La muerte vendrá, ¡pero luchando!

QUENEPA: (Reticente) ¡Ay de ti Yorosco!

YOROSCO: Una guarura nuestra desde lo alto de la roca roja, gritará al aire el comienzo del ataque.

(Sale, la escena va oscureciendo lentamente)

ACTO TERCERO

CUADRO CINCO

FRAILE: Estos días de tristeza y dolor
pueden acarar a esta isla que es el campamento
(Al correrse el telón la luz se va encendiendo lentamente en la vivienda de Salduendo. El Gobernador deja el pliego sobre la mesa. Se incorpora y comienza a caminar nervioso)

CASTELLANOS: Señores, ya están enterados de las malas nuevas que trajo el pliego.

LIMPIAS: En verdad que no anduvo corto el señor Prior en relatar cuanto ocurrió.

CASTELLANOS: (Al fraile)
Hizo bien en darme aviso esta misma noche, creo que no debemos perder tiempo.

SALDUENDO: Razón tiene su señoría, cada hora que pase puede agrandar los males de quienes aún quedan con vida en Nueva Toledo y Maracapana.

FRAILE: Si es que aún quedan cristianos vivos.

CASTELLANOS: (Al fraile)
No pierda el reverendo las esperanzas.

FRAILE: Recuerde su señoría que el venerable Prior habla de grandes estragos y matanzas.

CASTELLANOS: Asistiremos a los que aún resistan.

SALDUENDO: Y cobraremos a los caribes ciento por uno.

LIMPIAS: Haremos un escarmiento terrible.

CASTELLANOS: Así ha de ser. Y navíos vendrán de España misma si fuere necesario para ayudarnos en el castigo.

SALDUENDO: (*Asomándose a la ventana*)

Enhoramala, el mar sigue como si hubiera tempestad.

CASTELLANOS: No es bueno el tiempo para salir esta misma noche. Sin embargo, tomaremos medidas para hacerlo al amanecer.

LIMPIAS: Bueno será para caer sobre la indiada por sorpresa.

CASTELLANOS: (*A Salduendo*)

Maese Salduendo id en busca del Maestre Antonio de Fonseca y decidle que apreste el navío grande, pues apenas haya viento favorable a las primeras luces levaremos anclas. Ah, y de paso dad aviso a la marinería de las goletas y demás gente de mar.

SALDUENDO: Obedezco a su señoría. (*Sale*)

CASTELLANOS: (*Al fraile*)

Quizás sea conveniente tocar las campanas para poner sobrealerta a la gente de Nueva Cádiz.

FRAILE: ¿Lo ordena usted?

CASTELLANOS: (*Reflexivo*)

Pensándolo bien, mejor será esperar...

FRAILE: Estoy tan temeroso de que esos salvajes
puedan atacar a esta isla que en el campanario
dejé al sacristán vigilando...

CASTELLANOS: Dicen que es dormilón.

FRAILE: Pues, ¡ay de él si osa cerrar los ojos! Le
ordené que al sólo mirar alguna luz extraña
sobre el mar eche las campanas a vuelo...

CASTELLANOS: Es buena medida señor fraile.

LIMPIAS: Sin embargo, la obscuridad de esta noche
es tal, que difícilmente podrán penetrarla los
ojos del señor sacristán, el cual me temo que a
más de dormilón es miope.

FRAILE: Sí que lo es, pero le tiene pavor a los
caníbales...

CASTELLANOS: Entonces no despabilará siquiera. (*A Limpias*)

Capitán, vaya usted hasta la Casa Fuerte y avise
al alférez mayor que tenga lista gente de tro-
pa... Ah, y que revise las goletas, que queden
bien aprovisionadas de pólvora y municiones.

LIMPIAS: ¿Llevará perros la expedición?

CASTELLANOS: Por supuesto, caballero. Pase su
merced por el sitio de la brea y haga que los
acondicionen en traíllas.

(*A lo lejos se oyen gritos y voces*)

LIMPIAS: Pierda cuidado, haré que escojan a los más fieros. ¡Vaya que harán buena cacería! (Sale)

CASTELLANOS: (*Al fraile*)

Debería el reverendo dormir aun cuando fuere un par de horas, así estaría repuesto para las penurias de la expedición, deseo que vaya en ella...

FRAILE: Se lo iba a pedir. Pero antes ordenaré rezos y penitencia por los difuntos.

CASTELLANOS: Y haga rogar también porque salgamos bien de la empresa...

(*Vuelven a oírse gritos y voces lejanas. Entra Alonzo presa de alarma*)

ALONZO: Gran alarma hay en el fortín, señor, pues otros caribes se han fugado. Mire que nadie se explica cómo lo hicieron, pues bien atados estaban por cuellos y tobillos.

FRAILE: ¿Ya han salido en su persecución?

ALONZO: Sí. ¡Y muy agitada anda la gente!

CASTELLANOS: ¡Pero señor Oidor, no es para espancarse tanto! ¿Acaso ocurre la primera vez? ¡Ya serán fácilmente cazados!

ALONZO: Sepa su señoría que hay otras noticias de peores...

CASTELLANOS: Vamos que es noche de alarmas ésta.
¡Dígalas pronto, señor Oidor!

ALONZO: ¡Ni una pinta de agua queda en Nueva Cádiz!

CASTELLANOS: ¡Cómo!

ALONZO: ¡Así es! Todos los grandes barriles del atracadero se han vaciado hasta la última gota...

CASTELLANOS: ¡Por las ánimas benditas! ¿Cómo pudo ocurrir eso?

ALONZO: Nadie sabe, pero casi todos estaban agujereados por varios sitios...

CASTELLANOS: ¿Y el vigilante de ellos? ¿Acaso se emborrachó? ¡Habrá que ahorcarlo si tal hizo!

ALONZO: En las rocas de la playa blanca fue hallado sin sentido, y crea que borracho no estaba...

CASTELLANOS: ¿Entonces?

ALONZO: Tenía un fuerte golpe en la cabeza.

FRAILE: ¡Malas andan las cosas!

CASTELLANOS: ¡Vaya calamidad! ¡Quizás riñó con alguien!

ALONZO: Lo más extraño son los toneles agujereados.

CASTELLANOS: ¡Ciento! ¡Ciento! ¡Créanme sus mercedes que haré dar garrote a quienes resulten culpables!

FRAILE: Esta isla sin agua es un infierno.

CASTELLANOS: Mañana mismo habrá necesidad de ella...

ALONZO: Tendremos que poner premura en traerla.

CASTELLANOS: ¿Y habrá agua en las goletas y en el navio grande? ¡Señor Oidor, bueno será averiguarlo!

ALONZO: No había pensado en ello, mire que será necesaria mucha para la expedición... Ahora mismo haré que se averigüe.

(Cuando va a salir entra Limpias muy agitado)

LIMPIAS: Vea su señoría que algo grave ha ocurrido, las amarras de todas las pequeñas embarcaciones que estaban surtas en el atracadero fueron cortadas...

CASTELLANOS: ¡Cortadas las amarras!

LIMPIAS: Al garete andan sobre el mar todas las curiaras y goletas.

ALONZO: ¡Por la santísima virgen!

LIMPIAS: Sólo las embarcaciones que estaban ancladas afuera no corrieron esa suerte...

FRAILE: Bueno será dar señales de alarma...

LIMPIAS: Soldados del fortín encienden fogatas en la playa para advertir a los del navío grande pues no hay una sola curiara con la cual llegar hasta ellos... Además el mar bate olas como montañas...

CASTELLANOS: ¡Enhoramala! Todo parece cosa de demonios...

ALONZO: Eso mismo pienso. ¡Vaya que es diabólico eso de cortar las amarras de las embarcaciones...

LIMPIAS: ¡Pueden perderse las que andan a la deriva sobre ese mar proceloso...! ¡Aislada podrá quedar esta isla!

CASTELLANOS: ¡Por Lucifer! ¡Verdad es!

(A lo lejos aumentan los gritos y las voces de alarma)

LIMPIAS: Deseaba órdenes suyas para disponer que tiren al mar varios indios de servicio, bien atados con cuerdas e intenten rescatar algunas curiaras... Hay que establecer contacto con el navío grande...

FRAILE: ¿Lo permitirá la fuerza del mar?

CASTELLANOS: *(A Limpias)*

Podrán ahogarse, seguramente...

LIMPIAS: Pero hay que correr el riesgo...

CASTELLANOS: ¡Vaya usted entonces, señor Capitán!
(*Limpias sale*)

FRAILE: ¡Quedar aislados en Nueva Cádiz sería terrible!

CASTELLANOS: Eso no ocurrirá, tranquilícese usted, reverendo.

FRAILE: (*Vuelven a oírse gritos a lo lejos*)

Pienso en algo que acrecienta mis temores...

CASTELLANOS: Diga usted en qué...

FRAILE: Esas pipas horadadas, las amarras de las embarcaciones cortadas... No sé... Alguna intención tienen...

CASTELLANOS: Mi imaginación no ha ido tan lejos. He creído que sean jugarretas de borrachos o trasnochadores... Pero, cierto que los haré colgar y dejaré sus cuerpos al aire bien alto en la Punta de Palanqueta para que todos los miren y cobren escarmientos...

FRAILE: Pues mire señoría que no creo que sea cosa de borrachos y trasnochadores...

CASTELLANOS: ¿Entonces?

FRAILE: Para mí que algo tiene que hacer todo cuanto ocurre con lo que dice el pliego...

ALONZO: Temores iguales guardo yo.

CASTELLANOS: ¡Qué barbaridad suponer tal cosa! ¿Acaso podrían desembarcar salvajes de esos que habla el prior de Nueva Toledo, en esta isla fortificada?

FRAILE: Piensa en los caníbales cautivos aquí...

CASTELLANOS: ¿Esos? ¡Vaya para mí que no tienen voluntad ni para mirar de frente!

ALONZO: Taimados lo son más...

CASTELLANOS: A sus mercedes el calor les ha calentado la cabeza...

FRAILE: Créame su señoría que...

(Entra Salduendo a la carrera y agitado)

SALDUENDO: ¡Alarmas traigo a su señoría! ¡Mire que han aparecido numerosos perros muertos por varios lugares. La trailla que se guarda en la casa fuerte presenta síntomas de envenenamiento...! Hay caballos desjarretados... Además una ollita con curare fue encontrada en el fortín en el mismo sitio donde murieron hace poco los caribes... ¡Válganos la virgen y el apóstol Santiago!

CASTELLANOS: ¡Caballeros, esto sí es para alarmarse!

(A lo lejos los gritos se hacen más fuertes y los rumores del mar crecen)

FRAILE: Mire su señoría que no ando descaminando...

SALDUENDO: ¡Si hay curare en poder de los indios fugitivos pueden sobrevenirnos graves desgracias...!

FRAILE: ¡La muerte caerá sobre nosotros!

ALONZO: ¡Se imponen medidas violentas!

SALDUENDO: ¡Su señoría dirá qué debe hacerse!

FRAILE: ¿Ordeno al sacristán que toque a rebato?

CASTELLANOS: ¡Quizás deba ir pronto a la Casa Fuerte! ¡Es menester armarse! ¡Organizar patrullas y encender fogatas por doquier!

(Entra Limpias)

LIMPIAS: ¡Los indios de servicio que arrojamos al mar en busca de las piraguas han desaparecido! ¡Treinta eran y al parecer el mar se los tragó! ¡El oleaje crece y ha cubierto ya el rompeolas del atracadero! ¡Un muro de la caballeriza se ha derrumbado y mire su señoría que los caballos andan sueltos...! ¡Díjome el señor Alférez que han desaparecido lasbridas y los arneses!! ¡Casi creo que es cosa de diablos ciertamente!!

FRAILE: ¡Al cielo clamo porque nos defienda!

ALONZO: ¡Iré pronto por mi armadura!

SALDUENDO: (*A Limpias*)

¿No hay peligro de que el mar tal como está
llegue hasta el sitio de la pólvora?

CASTELLANOS: (*Al fraile*)

¡Vaya usted a la iglesia y prepárese para tocar
a rebato al no más ordenárselo!

(*A los otros*)

¡Señores hay que actuar enseguida... Me temo
que ya estemos...

(*Se oye un ruido extraño, profundo, la luz casi
se extingue y todo se estremece. A lo lejos se
alza de pronto una gritería confusa de voces que
claman y expresan espanto*)

LIMPIAS: (*Gritando espantado*)

¡¡Socorramos la providencia!!

SALDUENDO: (*Con alarma*)

¡¡El mar invade a Cubagua!!

(*El ruido sordo vuelve a oírse como llegando
del fondo de la tierra, seguido de otros como de
grandes masas que se derrumban con estruendo*)

CASTELLANOS: ¡¡El apóstol Santiago venga con no-
sotros!!

(*Todo se estremece de nuevo y a lo lejos la cam-
pana comienza a tocar como si alguien la agitara
presa de pánico*)

FRAILE: ¡¡La campana, caballeros!! ¡¡La campana!!

CASTELLANOS: ¡¡Toca a rebato!!

ALONZO: ¡¡Nos invaden los caribes!!

(El ruido espantoso vuelve a oírse, cerca se derrumba estrepitosamente algo)

CASTELLANOS: ¡¡Señores... Terremoto!! ¡¡Es un terremoto!! ¡¡Apiádase la virgen!! ¡¡Corramos!!

(Va contra la puerta y trata de abrirla. La luz se extingue más)

SALDUENDO: *(Asomándose a la ventana)*

¡¡La puerta está tapiada!! ¡¡Todo se derrumba!! ¡¡Ave María Purísima!! ¡¡La tierra se abre, veo llamas!!

(La campana suena a lo lejos con agitada estridencia)

FRAILE: ¡¡Vienen también los caribes!! ¡¡Lo dice la campana!!

ALONZO: *(Yendo también a la ventana e intentando forzar los barrotes para salir)*

¡¡Huyamos señores, el mar se tragará la tierra!!
(Por sobre el ruido suena, aguda, una guarura)

LIMPIAS: *(Cayendo de rodillas frente al fraile)*

¡¡Déme usted, la confesión!! ¡¡Démela usted Fray Olegario!!

CASTELLANOS: ¡¡Bendíganos en nombre de Dios!!

ALONZO: (*A gritos mientras mira hacia afuera*)

¡¡Sigue abriéndose la tierra!! ¡¡Moriremos todos!! ¡¡Socorro!! ¡¡Socorro!!

FRAILE: ¡¡Nueva Cádiz ha sido castigada!! ¡¡Ay de nosotros!! ¡¡Ay de esta ciudad de escándalos e impiedad!! ¡¡Fuego y cenizas caerá sobre ella!!

SALDUENDO: ¡¡Échenos el fraile su bendición!!

FRAILE: (*Bendiciendo al azar y entre la obscuridad*)
¡¡Todo se lo tragará el mar!! ¡¡Todo!!

LIMPIAS: ¡¡Quiero la confesión!! ¡¡Quiero la confesión!!

(*Obscuridad total, a lo lejos siguen oyéndose los ruidos y gritos y el repique violento y enloquecido de la campana. Los ruidos y el toque de la campana persistirán durante todo el tiempo que dure la luz apagada y luego seguirán pero más lejanos a medida que se enciende en el rancho*)

ACTO TERCERO

CUADRO SEIS

QUENEPA: (Gritando) ¡Cuciú! ¡Cuciú!

CUCIÚ: (Corriendo presa de angustia hacia la puerta)

¡El mar se ha desbordado! ¡El mar invade a Cubagua! ¡El mar avanza hacia acá!

QUENEPA: ¡Cuciú! ¡Cuciú! ¡No es el mar! ¿Oyes el ruido que viene del fondo de la tierra? ¡Óyelo!

CUCIÚ: (Asustada) ¡Lo oigo, abuela! ¡Lo oigo!

QUENEPA: ¡La tierra se ha movido bajo mí, Cuciú! ¡¡Se ha movido!!

CUCIÚ: ¡¡Tiembla bajo mis pies!! ¡¡También lo siento!!

QUENEPA: ¡¡Cubagua se hunde Cuciú!! ¡¡El mar la cubrirá toda!! ¡¡Las nubes de los cielos deben estar desprendiéndose para caer sobre nosotros!! ¡¡Oye el ruido del mar tragándose todo!!

(Cuciú se acerca a la abuela)

CUCIÚ: ¡¿Qué pasará?! ¡Tengo la sangre fría y mi corazón quiere salir del pecho! ¡El mar nos cubrirá abuela!

(Los gritos exteriores persisten, confundiéndose con el ruido sordo del mar, el rumor profundo que viene del fondo de la tierra. Muy lejano oyese el tañer de la campana enloquecida)

QUENEPA: ¡Cuciú! ¿No sabes qué sucede? ¡¡¿No lo sabes??!

CUCIÚ: ¡No abuela! ¡Pero tengo miedo!

QUENEPA: ¡¡Son nuestros antepasados que se vienen Cuciú!!

(Cuciú atemorizada y sin moverse mira por doquier tratando de explicarse inútilmente lo que ocurre a su alrededor)

CUCIÚ: ¡¡Vuelve a moverse la tierra, abuela, ¿siente??!

QUENEPA: ¡Sí! ¡Ellos la están moviendo! ¡Y remueven el mar, y el viento! ¡Esta isla maldita se hundirá Cuciú bajo su ira terrible!

CUCIÚ: *(Como un eco)* ¡Todo se hundirá! ¡El mar se lo tragará todo!

QUENEPA: ¡Quedarán únicamente las aguas sombrías sobre los peñones solitarios!

CUCIÚ: ¡Gritan a lo lejos! ¡La campana de la iglesia parece que no se va a callar!

(Corre nuevamente hacia la puerta y mira afuera)

¡Sigue avanzando el mar! ¡Sus olas se elevan hasta el cielo...! ¡Tiene razón abuela! ¡Todo se lotragará el mar!

QUENEPA: ¡Yo te lo decía Cuciú, que tú y Yorosco y todos los otros estaban colmando la paciencia de nuestros antepasados! ¡Han despertado sus iras y ellos se vengan!

CUCIÚ: ¡No diga usted eso! ¡No es por nosotros!

QUENEPA: ¡Yo sé que es así! ¡¡Se están vengando!! ¡Fíjate cómo sacuden y lanzan unas contra otras a las aguas y la tierra!

CUCIÚ (*Temerosa*)

¡Son capaces de hacer eso! ¡Tienen poder!

QUENEPA: ¡Claro que sí! (*Riendo con frialdad*) Ja, ja, ja. No querían extinguirse, despreciaron cumplir el mandato y creyeron que nada pasaría... ¡Se burlaron!

CUCIÚ: ¡No hicimos eso!

QUENEPA: Pero no habrá más burlas... ¡Oye la tierra Cuciú como resuella en sus profundidades! ¡Oye el mar alzándose terrible hacia los cielos! ¡Tiembla, tiembla, porque los espíritus de nuestros antepasados han alzado sus manos!

(*Mirando hacia lo alto y siguiendo con los ojos algo que se ve pasar*)

¡Yo los miro en el aire! ¡Yo los veo pasar sonrientes y terribles por nuestras cabezas después

de haber desatado sus obscuras violencias!
¡Míralos, Cuciú! ¡Míralos!

CUCIÚ: (Aterrorizada) ¡No! ¡No!

QUENEPA: ¡Ja, ja, ja, ja...! ¡La campana del templo de los extranjeros quiere calmarlos pero no puede! ¡Los espíritus vuelan y se ríen! ¡Yo los veo reír! ¡Yo los veo!

(Cuciú busca inútilmente por el aire y las sombras)

¡Tú no los puedes ver, Cuciú, porque tú renegaste! ¡Ya tú no eres una caribe!

(A lo alto) ¡Pasan! ¡Vuelen! ¡Destruyan! ¡Que no quede ni una piedra, ni una concha, ni una perla! ¡Que se hundan en lo más negro de la tierra los blancos extranjeros con sus látigos, sus lanzas, sus cepos, sus hierros quemantes! ¡Que el mar se trague a los renegados! ¡Que Cubagua no sea nunca más lo que ha sido! ¡Pasan! ¡Pasan! ¡Pasan!

CUCIÚ: (Cubriéndose el rostro con ambas manos)

¡No quiero verlos! ¡Ahora no quiero verlos!

QUENEPA: ¡Ja, ja, ja, tienes miedo porque ya no eres una mujer caribe! (A lo alto) ¡Pasan, pasen y miren a Cuciú temblando como un polluelo! ¡Sigan en el aire revolviendo las sombras, hundiendo la tierra, desbordando las aguas! ¡Pasan! ¡Pasan! ¡Mira Cuciú, tú tienes miedo, en cambio mi corazón grita de alegría! ¡Por fin de las frentes de los caribes se borrará este signo!

(Se golpea con fuerza la frente)

¡Ahora estoy tranquila! ¡Sí! ¡Véanme! ¡Véanme! ¡Pronto me iré con ustedes!

(Fuera los ruidos se hacen sordos, sombríos).

¡Aguárdenme! ¡Sólo esperaba este momento el cual sabía que habría de llegar!

CUCIÚ: (Con terror) ¡Tiembla de nuevo bajo mis pies!

QUENEPA: (A lo alto) ¡Voy con ustedes!

¡Un instante más y seré otra sombra alargando mis uñas por el aire!

(Saca una ollita que tenía oculta, también una larga espina de pescado. Destapa la ollita y moja en ella la espina luego se hiere varias veces dándose cortes en el pecho y los brazos).

CUCIÚ: (Paralizada por el temor y el asombro). ¡Abuela Quenepa!

QUENEPA: ¡Ja, ja, ja, pronto seré otro espíritu vengativo! ¡¡Tiembla, Cuciú, Tiembla!!

(Entra corriendo Yorosco)

YOROSCO: ¡El mar invade a Cubagua! ¡La isla se hunde! ¡Nueva Cádiz se está derrumbando!

(Mueve por los hombros a Cuciú quien está paralizada por el terror)

¡Todas las pequeñas embarcaciones cuyas amarras cortaste andan a la deriva, el mar las hundirá para siempre!

QUENEPA: (A Yorosco)

¡Ah, Yorosco, arrepíntete de haber renegado y vente conmigo! ¡Ayudemos a los espíritus de nuestros antepasados! ¡Míralos en el aire destruyendo esta isla donde tanto hemos sufrido! ¡Míralos sobre tu cabeza mostrando sus dientes y uñas!

(Yorosco temeroso mira a lo alto y busca)

YOROSCO: ¡Nada miran mis ojos, abuela!

QUENEPA: ¡Lo mismo que Cuciú! ¡No puedes ver porque renegaste! ¡Pero vente conmigo! ¡Vente! ¡Si ayudas te perdonarán! ¡Anda, hiérete! ¡Hiérete!

(Le tiende la espina)

¡Son ellos los que sacuden airados a la tierra y al mar! ¡Son ellos vengando todo cuanto han sufrido los caribes! ¡Hiérete, Yorosco! ¡Hiérete!

(Muere)

YOROSCO: (Viendo con asombro y temor a Quenepa): ¡Abuela! ¡Abuela!

(Se acerca a ella y cobra un poco de conciencia sobre lo que ha ocurrido. Mira perplejo a Cuciú)

CUCIÚ: ¡Tenía curare! ¡Untó en él la espina y luego se hirió! ¡Lo tenía oculto...!

YOROSCO: ¡Curare!

CUCIÚ: (*Los ruidos exteriores se acrecientan*)

¡Tengo miedo Yorosco! ¡Tengo miedo!

(*Yorosco la abraza*)

¡Los espíritus de nuestros antepasados andan por el aire! ¡Quenepa los vio!

YOROSCO: (*Temeroso*)

¡Sí, quizás son ellos los que mueven la tierra y enfurecen el mar! ¡Pasarán con los dientes apretados!

CUCIÚ: ¡Quenepa andará ya entre ellos mirándonos con sus ojos que espantan!

YOROSCO: ¡Sí, tal vez ande! (*Mira hacia lo alto con temor*) ¡Pueden ser los espíritus quienes blanden sus armas en las sombras y hacen bramar las olas y rugir el viento!

YOROSCO: ¡Oigo los rugidos! ¡Los oigo!

(*Entra Piescó sacudido por una mezcla de espanto y alegría*)

PIESCÓ: (*Mirando a Yorosco directamente*) ¡Ah, por fin te encuentro Yorosco...! ¡Y en qué momento! ¿Oyes? ¿Te das cuenta? ¡Niega ahora que por boca del cacique Chatayna hablaron los espíritus de nuestros antepasados...! ¡Vuelve a negarlo!

YOROSCO: ¡No lo he negado!

PIESCÓ: ¡Sí negastes, la abuela Quenepa lo dijo a mis oídos! (*Mira a Quenepa y se asombra*) ¡Ah, la buena mujer! ¡La valiente y orgullosa que se ha ido! ¡No tuvo miedo! ¡Yorosco! ¡Yorosco! ¡Hoy es la noche de la muerte! ¡No habrá más esclavitud para los caribes! ¡El mar se traga a Cubagua! ¡Oye sus rugidos! ¡Oye su furia! ¡En su fondo se agitan enfurecidos los huesos de nuestros hermanos sacrificados! ¡Óyelos sonar entre ostras y perlas! ¡Óyelos! ¡Óyelos!

CUCIÚ: ¡Saltarán a la tierra!

PIESCÓ: ¡No! ¡Quedarán en el mar, alzándolo oscuro y sombrío para hundir a Cubagua! ¡Para ocultar sus ostras, para matar sus peces! ¡Yorosco, te quisiste burlar, dijiste que los caribes no debían extinguirse en esta isla aborrecida, pero siempre morirás y tu espíritu no podrá llegar a donde moran los caribes... Ya no eres hijo de su pueblo...!

YOROSCO: Si ellos destruyen desde el aire nosotros destruiremos en la tierra...

PIESCÓ: ¿Aún te rebelas?

YOROSCO: ¡El mar y la tierra estremeciéndose ayudarán a nuestra lucha! ¡En el corazón del enemigo se acrecentará el miedo...!

PIESCÓ: Creí que lo que ves y oyes pondría espanto y obediencia en tu pecho. Pero sigues renegando y ellos desde las sombras te destruirán... (*Muestra a Quenepa*) ¡La abuela les dirá lo que eres,

yo también lo haré...! (*Toma la espina que usó Quenepa, rápidamente la unta en el curare de la ollita y se hiere en el cuello varias veces.*) ¡Pero antes quiero escupirte, sí, escupirte, lo mereces! (*Escupe a Yorosco, éste retrocede haciendo un esfuerzo violento por dominarse*)

CUCIÚ: ¡Abuelo Piescó!

(*Yorosco retrocede, mudo*)

PIESCÓ: ¡Ahora me hundiré en el mar; en su fondo cerraré mis ojos y cuando los abra de nuevo seré un monstruo fuerte, inmenso, con grandes garras y terribles ojos, y cuyo soplo elevará ciclones y encrespará las olas...! ¡Velaré siempre para que nunca vuelvan a estas tierras navíos cargados de hombres blancos! ¡Envídiame, Yorosco, envídiame! (*Sale rápido y tambaleante*)

YOROSCO: (A Cuciú) Tiemblas también. Como la tierra... Anda, recojamos las armas que has hecho... (*Recoge las conchas y los artefactos que has hecho Cuciú*)

CUCIÚ: (Sombria) ¡Fue verdad lo que dijo Chatayma...!

YOROSCO: (*Suavemente energico*)

Si ellos hacen todo eso desde las sombras es por que luchan... nos ofrecen la ocasión para que acabemos con los enemigos... (*Los ruidos exteriores crecen y se hacen más turbulentos*)

¡Oye cómo gritan llenos de espanto! ¡Oyelos...! (*Toma por un brazo a Cuciú y la acerca a la puerta*) ¡Sus viviendas y fuertes están destruidos...!

CUCIÚ: (Soltándose y yendo a Quenepa) ¿Cómo lo sabes? (muy nerviosa)

YOROSCO: Vi cuando caían. Sus caballos y perros andan dispersos. Hombres y mujeres corren por doquier clamando a sus dioses. Desnudos, con los cabellos sueltos, lloran y gimen aco-
bardados...

CUCIÚ: ¿Es verdad?

(Suena a lo lejos, fuerte, una guarura)

YOROSCO: ¡Sí! ¿Oyes? Ya entre ellos los nuestros, los que aún respiran, han comenzado a herir, a matar. En estos momentos Katuro penetrará al lugar donde tienen la pólvora con una brasa en cada mano. Yacuma y Anague se arrastran hasta el lugar de las municiones... ¡Todo eso lo anuncia la guarura!

CUCIÚ: ¡Nada se ha detenido entonces? ¿Se hará todo lo urdido?

YOROSCO: ¡Nadie retrocederá! ¡Mira! ¡Mira! ¡Tiembla otra vez la tierra! ¡Los antepasados nos invitan a luchar! ¡Lucharemos!

(Afuera se oye un torbellino sordo. Yorosco se asoma a la puerta)

¡Ah, los perros y caballos huyen entre ladridos y relinchos! ¡Ya algunos comienzan a caer!

(Rápido va y toma la ollita de curare, que es-
taba cerca del cadáver de Quenepa)

Esto nos ayudará pronto... (A lo lejos se oye una explosión)

CUCIÚ: ¡Se hunde todo!

YOROSCO: ¡Es Katuro que ha cumplido! ¡Ha estallado la pólvora! ¡Yo también cumpliré y nada me importará el mar y sus olas...!

CUCIÚ: ¿Qué harás tú?

YOROSCO: Nadaré hasta su navío grande, en la boca llevaré un caracol y dentro de él una brasa muy roja. Llegaré a su fondo donde hay armas y pólvora. Oirás otro ruido espantoso Cuciú...

CUCIÚ: ¿Y después?

YOROSCO: No podrán embarcarse, no podrán salir de Cubagua. Nadie los ayudará... Aquí se los tragará la tierra y el mar, o los exterminarán nuestras armas...

CUCIÚ: ¿Nadie volverá a marcar con fuego la frente de los caribes?

YOROSCO: Nadie más Cuciú...

CUCIÚ: Pero ya no estaremos para verlo... Sólo el mar y las rocas quedarán en todo esto...

(Yorosco ha recogido todo)

YOROSCO: Lo verán los hermanos que luchan en Maracapana y Araya...

(La campana cesa de sonar, los ruidos se apagan un poco)

— Su templo también ha caído... Debo entregar esto y luego ir hasta el navío...

CUCIÚ: ¿Y yo, qué haré?

YOROSCO: Irás donde los nuestros, allá en tierra firme...

CUCIÚ: ¿Irme? ¿Cuándo?

YOROSCO: Ahora mismo, hay una curiara oculta entre las guasábanas de la Punta de la Horca. Cuando el mar calme algo su furia embarcarás en ella...

CUCIÚ: ¿Por qué debo hacer eso?

YOROSCO: Es necesario. Remarás hacia Araya... Dirás a los nuestros lo que ha pasado aquí para que vengan pronto... Pronto... Con flechas, con macanas, con sus gritos de guerra...

CUCIÚ: ¿Iré yo sola?

YOROSCO: Sí, es la misión que se te ha asignado Cuciú... Eres buena remadora y conoces el mar...

CUCIÚ: ¿Y tú, y los otros que aquí quedan? ¿Lucharán solos? ¿Morirán?

YOROSCO: Piensa únicamente en que debes alcanzar la tierra de Maracapana...

CUCIÚ: Después que llegue y refiera todo cuanto ha ocurrido aquí, moriré de tristeza...

YOROSCO: ¿Por qué? Estarás libre, oirás nuestro idioma, pisarás la tierra donde todos nacimos, beberás agua de sus arroyos... Podrás correr por nuestros bosques y oír el canto de los pájaros... Hasta el viento y la lluvia te parecerán nuevos...

CUCIÚ: ¡Pero estaré sola! No, Yorosco, tendré recuerdos... Y esto... (Se toca la frente con mano vacilante)

YOROSCO: ¿Qué importa eso? Mostrará a todos que has sufrido en Cubagua... Solamente eso...

CUCIÚ: En mi soledad, dentro de todos los nuestros, hará sentirme más sola...

(Afuera vuelven a crecer los ruidos, pasan cerca perros ladrando y voces gritando confusamente)

YOROSCO: ¡Cuciú, la tierra se estremece ahora con más fuerza! ¿Has sentido?

(Corre hacia la puerta y mira otra vez hacia afuera) ¡La playa se agrieta, el mar avanza...!

CUCIÚ: (Yendo junto a él)

Veo llamas hacia Nueva Cádiz...

YOROSCO: ¡Debemos partir! ¡Ve hacia la Curiara! ¡Anda...!

CUCIÚ: ¡Yorosco, tú vas a morir! ¿Y yo...?

YOROSCO: ¡Rema como nadie! ¡Que todos los nuestros sepan y vengan!

CUCIÚ: ¡Yorosco, Yorosco, la tarea que he de cumplir es más terrible que la de ustedes! ¡Yo voy a vivir!

YOROSCO: ¡Es muy bueno vivir, Cuciú... y tú tendrás toda nuestra tierra!

CUCIÚ: Pero no solitaria y con amargos recuerdos bajo la frente... Todos los padecimientos que aquí hemos tenido nublarán mis ojos siempre, a cada instante que mire reír o gozar a los nuestros...

YOROSCO: ¡Debes irte, Cuciú, es por nuestro pueblo caribe!

CUCIÚ: ¿Qué llevaré de ti? Pobre hombre mío que tanto has padecido... Ni siquiera entre estas sombras veo bien tu rostro para poder recordarlo cuando vuelva la vista hacia donde queda Cubagua... Si es que queda...

YOROSCO: Piensa sólo en que Cuciú debe vivir...

CUCIÚ: ¡Seré un dolor estéril! El último dolor que quede de Cubagua...

YOROSCO: ¡No! No serás eso... Reirás y mirarás de frente a la alegría...

CUCIÚ: ¡No! ¡Nunca más podré volver a verla!

YOROSCO: ¡Sí! ¡Verás la alegría, Cuciú! ¡La verás!

CUCIÚ: ¡Mi mirada también estará sola...!

YOROSCO: (Acariciándole la cara y el pelo)

 Mi pequeña Cuciú, mi valiente luciérnaga...

(*La deja y camina como turbado por un pensamiento nuevo, violento, que está cobrando forma en él*)

CUCIÚ: ¿Qué te ocurre?

YOROSCO: Los que te dieron a mí por mujer han muerto. Ahora nos miran y saben que sufrimos en esta noche de destrucción y espanto.

CUCIÚ: ¡Una noche sin amanecer!

YOROSCO: No para ti Cuciú... Irás a nuestra amada tierra... (*La toma por los hombros*)

Pero no partirás sola...

CUCIÚ: (Asombrada) ¿No iré sola?

YOROSCO: No, Cuciú... ¿Oyes el mar? Ruge enfurecido y hiere a la playa con la violencia de sus olas. ¡Todas las sombras se estremecen! ¡La lucha se ha encendido en nuestros pechos caribes, aquí... En Maracapana... En Araya... Cada quien cumplirá lo que debe cumplir...! ¡Tú llevarás más allá de esta isla la noticia de cuanto en ella está ocurriendo...!

CUCIÚ: ¡La llevaré aun sobre la tempestad!

YOROSCO: Cuando tomes la curiara para partir,
no estarás sola Cuciú... ¡Ni viajarás sola!

CUCIÚ: ¿Quién me acompañará?

YOROSCO: (Pausadamente) ¡Mi semilla!

CUCIÚ: ¿Tu semilla? ¿Qué quieres decir?

YOROSCO: Cuciú, sobre esa playa obscura y
abatida por el mar que hundirá a Cubagua,
cubriré tu cuerpo con el mío... Buscaremos
un hijo... Tú lo llevarás Cuciú. A cada golpe
de remos que des hacia la amada costa donde
luchan los nuestros lo sentirás en ti y te dará
fuerzas...

CUCIÚ: (Abrazándose a él con ternura tranquila)
¡Yorosco! ¡Yorosco!

YOROSCO: Nacerá junto a nuestra selvas y ríos
y lo criarás allí... Su frente será limpia y su
corazón nunca temerá luchar... Querrá como
nosotros nuestra tierra y por ella podrá volver
a sufrir...

CUCIÚ: (Temerosa)

¿Podrá germinar en mí ese hijo como el maíz
en el fondo de la tierra? ¿Podré tenerlo en mis
manos algún día?

YOROSCO: (Acariciándole la cabeza)

Sí, Cuciú, y en sus ojos verás siempre la va-
lentía de los caribes...

CUCIÚ: (*Con incertidumbre*)

Yorosco... ¿Y los antepasados? ¿Qué dirán ellos?

YOROSCO: Los caribes han de seguir luchando Cuciú... Mientras un árbol muere otro debe nacer... ¡Ellos saben que ha de ser así!

CUCIÚ: ¡Tendré tu hijo, lo tendré! ¡Y sobre esas aguas obscuras y rugientes lo llevaré hasta nuestra tierra libre...!

YOROSCO: (*Grave*) Estoy seguro de que algún día él o los hijos de sus hijos mirarán este mar de Cubagua sin los ojos sombríos, sin las manos crispadas, sin odios... ¡Sin rabia!

CUCIÚ: Cuando oigan su rumor quizás recuerden cuántas lágrimas nuestras cayeron sobre él...

(*A lo lejos vuelven a crecer los ruidos estrepitosos y confusos*)

YOROSCO: ¡Todo es muerte y espanto... Y lucha...!

CUCIÚ: Hasta las piedras de esta isla morirán...

YOROSCO: (*Mirando hacia afuera y tomando a Cuciú por los hombros*)

La playa se agrieta y a lo lejos hay relámpagos... ¡Vamos Cuciú, antes de tú dejarme para siempre y llevar yo mi brasa ardida al fondo del navío enemigo, he de mirar ese hijo más allá de tus ojos!

CUCIÚ: (*Mirando por doquier y abrazándose con ternura a Yorosco*)

¡Yorosco, el miedo me rodea, debo vencerlo, pero me rodea...! ¿No sientes a la muerte pasando silenciosa? ¿No la oyes gimiendo por el aire? ¿No ves que hay sombras en las sombras?

ACTO PRIMERO

YOROSCO: ¡Aleja tu temor, Cuciú! ¡Aléjalo! (*Se oye un trueno sordo*)

ACTO SEGUNDO

CUCIÚ: ¡Pero la muerte pasa!

YOROSCO: (*Mirando por doquier hacia las sombras con gesto de desafío*)

¡Ella puede pasar fría y obscura! ¡Puede pasar y arrastrarme, pero Cuciú, pequeña valiente, óyeme, de nosotros siempre quedará el amor... el amor...!

(*Como un murmullo a lo alto*)

¡Oscéneba! ¡Oscéneba!

(*Arrastra hacia afuera a Cuciú, El mar ruge fuerte y los gritos y ruidos se reanudan. Sobre ese fondo confuso y sinfónico comienza a cantar dulcemente una guarura*)

Obscuridad lenta

FIN DE LA OBRA

Índice

ACTO PRIMERO	
CUADRO UNO	15
ACTO PRIMERO	
CUADRO DOS	37
ACTO SEGUNDO	
CUADRO TRES	58
ACTO SEGUNDO	
CUADRO CUATRO	77
ACTO TERCERO	
CUADRO CINCO	91
ACTO TERCERO	
CUADRO SEIS	104

*Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres litográficos
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes febrero de 2015
500 ejemplares
Caracas-Venezuela*



Alcaldía
de Caracas

Jorge Rodríguez
Alcalde

Freddy Náñez
Presidente de Fundarte

Consejo Directivo
Gustavo Pereira
Alberto Rodríguez Carucci
Zuleiva Vivas
Nelson Guzmán
Carlos Tovar
Saúl Rivas Rivas
Xavier Sarabia

Secretaria General (E)
Yusbely Ramírez

Gerente de Publicaciones
Kelvin Malavé

Otros títulos

- 1.- *Lo que dejó la tempestad*
- 2.- *Oscéneba*
- 3.- *La fiesta de los moribundos*
- 4.- *La esquina del miedo / La sonata del alba*
- 5.- *Apacuana y Cuaricurián*
- 6.- *Un tal Ezequiel Zamora*
- 7.- *Los hombres de los cantos amargos*
- 8.- *Esa espiga sembrada en Carabobo*
- 9.- *Curayú o El Vencedor*
10. *Buenaventura chatarra*
- 11.- *Joaquina Sánchez*
- 12.- *Maria Rosario Nava / Manuelote*
- 13.- *¿Por qué canta el pueblo? / Harapos de esta noche*
- 14.- *Las mariposas de la oscuridad*
- 15.- *El vendaval amarillo*

«Sin esclavos que arranquen las ostras de las rocas obscuras y profundas; sin brazos y lomos caribes que traigan el agua desde el continente. Sin manos esclavas para picar piedras y construir murallas. Sin indios a quienes tratar como animales y alimentarlos con cazabe y tripas de ostras, ¿qué podrán hacer los hombres extranjeros en esta desolada isla?».

ISBN: 978-980-253-449-7



9 789802 534487



Colección Biblioteca César Rengifo - N° 2